C. Arniches, A. Paso y A. Estremera

¡Qué hombre tan simpático!

JUGUETE COMICO
en tres actos, original

SEGUNDA EDICION



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24

1925

10

¡Qué hombre tan simpático!

¡Qué hombre tan simpático!

Juguete cómico en tres actos original

de

Carlos Arniches, Antonio Paso

y Antonio Estremera

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid,
la noche del 5 de Junio de 1925.

SEGUNDA EDICION

MADRID
GRAFICA-MADRID, DOÑA URRACA. 17
1925

REPARTO

Personajes		*Actores*
BLANCA DE COGOLLUDO..	Sra.	María Mayor.
FANY......................	Sta.	Teresa Fárvaro.
CONCHA..................	»	Rosario Sainz de Miera.
MANUELA.................	»	Herminia Molina.
DONA HILARIA............	Sra.	Ana Ferri.
AMABLE CORCUERA.......	Sr.	Casimiro Ortas.
PAQUITO LUENGO........	»	Mariano Asquerino.
FEITO.....................	»	Eduardo Pedrote.
ANIBAL....................	»	Federico Górriz.
DON OVIDIO CÁMARA.....	»	Luis Manzano.
DON PLACIDO BORRAJO...	»	Ricardo Vargas.
DON SERAPIO ARROYO....	»	Carlos Díaz.
DOMINGO.................	»	Luis Manzano.
CIMENOF..................	»	Antonio Gimbernat.
GENEROSO................	»	Andrés Tobías.
HUGO.....................	»	Ramón Tena.
NARCISIN..................	»	J. Villanueva.
GUARDIA 1.º. } GUARDIA 2.º. } No hablan..	»	N. N,

La acción del primer acto en Madrid. La de los otros en Villacarrizo. Derecha e izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

Gabinete coquetón amueblado a estilo japonés en una *garsonier*. Al fondo, una alcoba con una cama turca; la alcoba se cierra con unas cortinas. A los dos lados de la cama dos banquetas de forma rara y de colores chillones que hacen las veces de mesilla de noche; sobre ellas aparatitos de luz, también raros. En el testero de la lateral izquierda, dos puertas: la primera, figura que da al pasillo que va a la puerta del piso; la segunda, a las habitaciones interiores. En el testero de la derecha, haciendo chaflán con el foro, balconcito de esos llamados antepechos, con vidrieras practicables. En el centro de la escena un velador japonés. Muebles, banquetitas, cojines. Sobre las banquetas dos o tres kimonos. Todo debe formar un conjunto abigarrado, pero artístico; las lámparas eléctricas deben ser faroles, también bonitos. Al empezar la acción son las dos de la madrugada.

—

(Al levantarse el telón está la escena a obscuras: penetra una suave claridad de luna por el balcón entreabierto; un reloj da las dos. De pronto, se levantan las cortinas de la puerta de la izquierda; una mano dá la llave, se enciende la luz, y aparece la cabeza de CORCUERA entre las cortinas.)

CORC. ¿Se puede? (*Mira a todos lados.*) ¿Se puede?... No se puede..., no se puede dudar que no hay nadie; puedo entrar tranquilo y sereno. Penetra, Domingo. (*Entra él, seguido de Domingo, con farol y chuzo.*)

DOMIN. Ya le decía yo a usted que no había venido ninguno de los señoritos.

CORC. Sí, pero en esta casa toda precaución es discreta; porque a mi amigo Julito tengo la seguridad de no estorbarle, puesto que él mismo me ha dado su llave, pero, ¿y a Fernando o a Paquito?

DOMIN. Pues ya ve usted que no.

CORC. (*Quitándose el sombrero.*) Y no sabes lo que me alegro de hallar sola esta dulce y recatada *garsonier*, donde tantos misterios de amor tienen su nido... o lo han tenido.

DOMIN. ¿Y a usté qué le pasa, señor Corcuera? ¿Lo de siempre?

CORC. Sí, nada; que no me convenía la pensión Picavea..., tuve un *pour parler* con la dueña, y...

DOMIN. ¿Dan mal de comer?

CORC. No es que den mal; eso sería tolerable... Es que no te dan de... comer en cuanto te presentan la cuenta y no abonas.

DOMIN. ¿Y a usted se la han presentado?

CORC. Me la han presentado, pero he hecho como que no la conocía.

DOMIN. Ahora me explico por qué se ha venido aquí a dormir.

CORC. Al menos a intentarlo... Porque si a cualquiera de los otros dos dueños de esta mansión, albergue o morada, les da por venir..., por más que en lunes no creo..., ¿porque hoy es lunes, Domingo, verdad?

DOMIN. Sí, señorito, lunes.

CORC. Entonces no hay miedo. (*Se quita la americana, el chaleco y, al ir a quitarse la camisa, le dice:*) ¿Oye, te molestará verme en camiseta, mi nocharniego vigilante?... Porque ahora con esto del Directorio no me atrevo a despreocuparme ante las autoridades.

DOMIN. No, señor; los paños menores no me molestan.

CORC. La noche está algo sofocante y este entresuelito hace pandán con los Altos Hornos. Te mandan al infierno, y mejoras.

DOMIN. Sí que hace calor, sí.

CORC. (*Cogiendo un kimono y poniéndoselo.*) Me estoy poniendo lo más cómodo posible, y me pondré mucho más, y hasta me traigo mi novelita y todo para leer en la cama.

DOMIN. El señorito Paco Luengo siempre dice que es usted un sirabita.

CORC. Siba, siba, sibarita... No trastueques, Domingo. Conque gracias por todo, querido sereno, y evádete, elimínate o emérgete; lo que más te guste.

DOMIN. Irémeme.

CORC. Pues vétete... ¡Ah! Antes de la partida, ¿tendrías por casualidad un cigarro? Porque ya sabes que yo, para dormir sin un pitlllo, soy hombre muerto.

DOMIN. Pues no se muera usted por tan poco. Ahí van cuatro. No son míos. (*Dándoselos.*) Se los he cogido a un amigo de la petaca.

CORC. ¡Ah, Domingo, cómo se ve que eres fiesta de guardar!

(*Foro izquierda, que figura la calle, se oye una voz que grita: ¡Serenooo!*)

DOMIN. (*Se acerca al balconcito y grita estentóreamente.*) ¡Váaaaaa!

CORC. (*Alarmado.*) ¡¡Regaita!! Oye, mi atronador amigo, por lo que más quieras, no contestes desde el balcón en ese tono, que vas a romper los cristales. ¡Qué bárbaro, ha trepidado hasta la lámpara!

DOMIN. Es para que se aguarde, porque antes de irme quería *alvertirle* a usté de una *alvertencia* que de poco se me olvida, don Amable.

CORC. ¿A mí?

DOMIN. Sí, señor, a usté; y no es pa que se alarme, pero vamos, es pa que se duerma usté sobre aviso. Verá usté lo que es.

CORC. Narra lo que sea.

DOMIN. Pues que hace cuatro o cinco noches que vengo observando en esta calle a un sujeto sospechoso... que mira a esta casa.

CORC. ¡Demonio!

DOMIN. Que da güeltas y más güeltas de arriba a abajo, llega frente al balcón, se para, mira, oserva y, de pronto, vola.

CORC. Oye, pero eso que se para y vola, ¿será un sujeto o una urraca?

DOMIN. Yo se lo alvierto, porque unas noches viene y otras... (*Nuevamente se oye la voz de la izquierda que grita: ¡Serenooo! Acercándose al artefacto y más fuerte que antes.*) ¡Váaaa!

CORC. ¿Se ha roto alguna vidriera?

DOMIN. No; pero se me ha apagao el farol.

CORC. Es lo que tienen los estampidos. Ya te lo decía.

DOMIN. Y volviendo a lo del sujeto, pué que no sea más que una figuración mía, pero por si no lo fuera, tenga usté cuidao...

CORC. Sea figuración o sea hecho real, no te preocupes, porque ¡ay! del que se atreva a entrar en esta morada... ¡sale negro!

DOMIN. Y últimamente, si le ocurriese algo, con asomarse al balcón y decir: ¡Serenoooo!... Como esto está a poco más de un metro del encintao de la acera... Yo no suelo apartarme mucho de aquí; cuando dan la vuelta los agentes de la autoridad, charlamos un rato en la esquina, pero a poco que grite usted lo oigo y en dos saltos me subo a su socorro.

CORC. Gracias, Domingo... Oye, y de paso que te

vas, dile a Narcisín, ya sabes, el chico del Bar de la esquina, que no se olvide de subirme el modesto y achicoriado café que hube de encargarle; es lo único caliente que va a entrar hoy en este cuerpo que se ha de comer la tierra..., si tiene gusto en ello.

DOMIN. ¿Quié usté que le diga que le suba un bocadillo, o un bistef?

CORC. Eso se lo he podido decir yo, pero...

DOMIN. Es que si le hace falta dinero, yo siempre tengo un duro pa usté, don Amable.

CORC. Gracias, Domingo, gracias; tú me conmueves; eres bueno, generoso... Tú vuelves mi corazón a los días dulces de la niñez, querido Domingo... ¡Oh, cómo me recuerdas mi infancia!

DOMIN. ¿Su infancia?

CORC. Sí, porque cuando yo era niño, me daban un duro todos los domingos... ¡Bendito seas! (*Le besa. Por tercera vez se oye fuera la voz de ¡Serenooo! Domingo va a contestar, y Corcuera lo detiene.*) Oye, quieto...; la contestación por la radio. No más gritos.

DOMIN. (*Riendo.*) No está mal la idea. Vaya, descansar.

CORC. No se te olvide decirle a Narcisín que no tarde, que anhelo el reposo. *(Domingo hace mutis por la primera derecha. Viéndole marchar.)* ¡Cuánta bondad! Eso no es un sereno; eso es Santo Tomás con chuzo. De buena gana hubiese aceptado la oferta del duro, porque siento un desconsuelo en el estómago... Esta noche estoy yo para cenar bien... Voy a ir preparando todo... (*Se acerca al balcón y lo cierra; después vuelve a la alcoba y enciende uno de los aparatitos de encima de la banqueta, que dará una luz muy tenue; sale y apaga la luz central,*

quedando la escena casi a obscuras. Cogiendo el libro.) Traía esta novela para leer... (*Leyendo el título.*) «Un grito en la noche», pero después de los que ha dado el sereno... no me atrevo con más gritos, sería para no pegar los ojos... Para adelantar tiempo, voy a ir cumpliendo con mis deberes religiosos... (*Se arrodilla sobre un cojín.*) Por la señal de la Santa Cruz... Angel de mi guarda..., dulce compañía... Uuuu... (*Estando murmurando el rezo, se oye un ruido en el balcón como si con un diamante cortasen el cristal; poco después se siente caer un pedazo de cristal, después una mano que se introduce, abre las ventanas, las empuja suavemente, y la figura de un hombre mal trazado, con un pañuelo por la cara a estilo de ladrón, una linterna eléctrica en una mano y una pistola en la otra que salta sigilosamente. Al sentir caer el cristal y meter la mano, Corcuera se vuelve, se da cuenta de lo que sucede y, de puntillas, se entra en la alcoba y cierra las cortinas. Asomando la cabeza por entre las cortinas.*) ¡Repeine!... ¿Qué es esto?... ¡Atiza! ¡Parece un ladrón! ¡Calle! Pues este debe ser el sujeto a que aludía el sereno... ¡Un ladrón aquí! (*Riendo, pero en tono apagadísimo.*) ¡Ja, ja, ja! Bueno, si yo fuese un hombre de mala fe, le dejaba registrarlo todo... ¿Pero qué gano yo con que ese desgraciado pierda el tiempo? Lo decente es sacarle de su error. Le interpelaré con cariño... ¡Y lo registra todo! ¡Sí, sí!... ¡Infeliz! (*El ladrón ha saltado y avanza sigilosamente, enfocando la linterna, y registra algunos cajones de los muebles.*) ¡Caquillo!

FEITO (*Dando un salto.*) ¡Eh! ¿Quién?

CORC. (*Asomando sólo la cabeza.*) No se alarme, inocente *voleur.*

FEITO (*Enfocándole la linterna y apuntándole.*) ¡Arriba las manos!

CORC. Después que se lo digo en francés para no ofenderle.

FEITO Arriba las manos o le abraso.

CORC. ¿Pero no le molestará si le levanto la mano?

FEITO Pocas guasas.

CORC. ¡Oiga usted, amigo!...

FEITO Yo no soy amigo de usted.

CORC. Es que no me ha dejado acabar; iba a decir: oiga usted, amigo de lo ajeno; haga usted el favor de abrir ese mueble y darme una pistola, que le voy a pegar a usted un tiro por primo.

FEITO ¿Primo yo?

CORC. Sí, señor; primo alumbrao... con linternilla, pero alumbrao. ¡A quién se le ocurre venir a robar aquí en vez de irse a un Banco!

FEITO Pero si los Bancos están peor que ésto.

CORC. (*Saliendo y dando luz.*) Es verdad, no me acordaba. De todos modos, aquí, mi querido amigo, viene usted errao. ¡Venir a robar aquí! Pero si en este entresuelo entró una noche un colega de usted y me acuerdo que le quitamos una bufanda muy bonita que traía puesta, la pistola y treinta y cinco pesetas.

FEITO (*Aparte.*) (¡Mi madre, dónde me he metío!)

CORC. Pero no se alarme, que a usté le trataremos con más cariño.

FEITO Caballero, yo no soy un profesional.

CORC. En el pañuelito he conocido que usté es un meritorio, y tranquilícese, que no pienso delatarle.

FEITO Caballero, usté no lo creerá, pero tiene usté delante a un hombre honrao.

CORC. Si le llama usté honrao a introducirse en los hogares domésticos por un hueco de fachada con la sana intención de llevarse en un paquete hasta las telarañas, es usté más honrao que el Cardenal Ximénez de Xisneros...

FEITO Lo que quiero decirle a usted, es que soy un desgraciao: tós los robos se me *fustran*... Hace ocho días que debuté en un funeral y nada...

CORC. Está todo muerto.

FEITO Y si es este golpe... ¡ya ve usté!, éste hace la mar de días que lo venía preparando... pero me resistía a darlo, porque falta, lo que se dice falta, no me hacía mucha, que digamos; toa esta semana podía tirar... aún me quedan seis duros de un asuntillo...

CORC. ¡Seis duros! Oiga, mi querido cleptómano, haga el favor de tomar asiento, que vamos a intimar.

FEITO ¿Eh?

CORC. ¿Usté ha cenado ya?

FEITO ¡Hombre!...

CORC. Se lo pregunto para convidarle a café.

FEITO ¿A mí?

CORC. Sí, señor. Es usted un ladrón muy simpático y con treinta pesetas... y como ahora me van a subir... *(Suena por la primera derecha un timbre. Feito se levanta asustado.)* No se alarme. Ese debe ser Narcisín, el chico del Bar... Voy a abrirle...... siéntese, es un momento. (*Hace mutis por la primera derecha.*)

FEITO (*Escamado por lo que ocurre, titubea, y dirigiéndose al balcón, dice:*) Yo me voy... (*Dudando.*) pero, y si al saltar me... este hombre parece ser un caballero y ha dao palabra de no entregarme... ¡Ahora, que los seis duros me los saca!...

CORC. (*Entrando seguido de Narcisín, con una bandeja y una taza de café.*) Déjalo aquí y tráete en seguida otro y dos copas de coñac, porque (*A Feito.*) usted tendrá costumbre de una copita después del café...

FEITO (*Asombrado.*) ¡Yo!... pero vamos, por mí...

CORC. Sí, hombre, sin cumplimientos; como si tiene usted costumbre de tomar algo a estas horas...

FEITO Es que...

CORC. Ya sé lo que va usted a decir; que le parece feo que encima le convide... pues me convida usted a mí; todo tiene arreglo en este mundo; para qué nos vamos a pelear. Nada, me convida usted a mí. (*Al chico.*) Mira: súbete cuatro bocadillos. ¿A usté le hace daño la ternera?

FEITO No siendo viva, no, señor.

CORC. ¡Qué suerte tiene usted! A mí hasta en la vacuna me produce trastornos... Te subes dos de ternera y los otros dos variados, uno de jamón y embuchado y el otro de embuchado y jamón; variados, ¿eh?

NARCI. Volando.

CORC. (*Deteniéndole.*) Ah, mira, para evitarte llamar al sereno y subir, etc., etc., me lo alargas todo por el antepecho; con que tú levantes un poco los brazos y yo los baje; el balcón, como ves, está de par en par, porque aquí no hay miedo a los ladrones.

NARCI. ¿Y si entrase uno?

CORC. Si entrase otro, pedíamos la cena al Ritz. Con que anda y eleva en seguida el pedido,

NARCI. Y si no alcanzo, ¿se los tiro?

CORC. ¡Nunca! Puede pasar alguien y si te sorprenden tirándome bocadillos... está feo... Ya me inclinaré yo lo suficiente; anda, vete y cierra la puerta al irte.

NARCI. Buenas noches.

CORC. Adiós, riquín. (*Frotándose las manos.*) Ea, ya está todo arreglao. Quién nos iba a decir que usted y yo íbamos a cenar juntos esta noche... Pero, ¿qué le pasa? Está usted como atontao... Anímese, hombre, anímese; quítese la americana...

FEITO *(Como hipnotizado.)* ¡La americana!

CORC. ¡Sí, hombre, sí; póngase este kimono! *(Feito va haciendo maquinalmente todo lo que le manda Corcuera.)* Y ahora, siéntese aquí, junto a la mesa... (*Se sienta.*) Bonita pistola. (*Por la pistola que Feito habrá dejado sobre la mesa y la linterna.)*

FEITO Siete tiros.

CORC. ¡Preciosa! ¡Y tiene la mar de iniciales!

FEITO La marca de fábrica; fíjese. A Ele A, jota, jota.

CORC. A la jota, jota. Yo me creí que era belga y es baturra; pero de todos modos, por esta pistola dan en casa de Veguillas diecisiete cincuenta.

FEITO Se ve que ha empeñao usté armas.

CORC. ¿Que si he empeñao? Como que soy del somatén, y en la quinta compañía, que es la de un servidor, no he dejao ni un fusil: el día que hay formación vamos con palasan pa disimular... no le digo a usted más. Estoy de acuerdo con la Sociedad de las Naciones para el desarme.

(Por la izquierda se oye la voz de Narcisín, que llama.)

NARCI. (*Desde fuera.*) ¡Señor Corcuera! ¡Señor Corcuera!

CORC. Voy, rico. (*Llega hasta el balcón y se echa todo lo más posible hacia adelante.*)

NARCI. Ahí va eso, y dice el amo que por tratarse de usted, que es persona de confianza, que

haga usted el favor de pagarme ahora mismo.

CORC. Sí, hombre, en seguida. No faltaba más. ¿Cuánto es?

NARCI. Seis con veinte.

CORC. Espérate. (*Vuelve al centro con una bandeja pequeña, donde vendrá lo pedido, y le dice Feito.*) Hágame el favor de siete pesetas.

FEITO Con mucho gusto, pero yo...

CORC. Sí, hombre, ande; no remolonée.

FEITO Bueno... (*Del bolsillo del chaleco saca un duro y dos pesetas y se les entrega.*)

CORC. (*Yendo al balcón.*) Ahí tienes; los ochenta que sobran para ti.

NARCI. Gracias.

CORC. (*Volviendo al centro del escenario y sentándose junto al velador.*) Ajajá, y ahora devoremos tranquilamente, a menos que le dé por venir a alguno de los dueños y tengamos que ir a acabar el festín a las escaleras del Metro.

FEITO Entonces, por lo visto, ¿usted no es el amo de esta casa?

CORC. (*Comiendo.*) No, señor... además, que esta casa no es casa, es una *garsonier.*

FEITO ¡Atiza!... ¡A que me he metido en una iglesia prostetante! (*Comiendo también.*)

CORC. Esto es una *garsonier.*

FEITO ¿Y qué es eso?

CORC. Pues un cuarto alquilado por uno o varios sujetos para cambiar impresiones... con sus numerosas y bellas amistades... ¿usted me entiende?

FEITO ¡Atiza! ¿Y usté?...

CORC. Yo no cambio nada, pero aprovecho la ausencia de los consocios y de resultas de unas diferencias patronales, me he venido aquí a pernoctar.

FEITO Pero tendrá usted mucha amistad con los dueños de ésto.

CORC. Con uno de ellos; con Paquito Luengo no es amistad lo que tengo, es adoración, es ceguera, frenesí... Me manda rodar y un peón es una cariátide comparado conmigo; me pide la cabeza para jugar al fút-bol y cuenta con este balón, me desprendo de él con una sencillez evangélica.

FEITO ¡Mucho bien le habrá hecho a usté pa tanta gratitud!

CORC. Un servidor de usted, titulado Amable Corcuera, lo de Amable es nombre y condición, era empleado en el Ministerio del Trabajo.

FEITO ¡Usté en el Ministerio del Trabajo!

CORC. Sí, señor, incongruencias; allí presté mis valiosos servicios seis años; hasta que el jefe de mi Negociado me escribió un día una carta atentísima, diciéndome que no quería morirse sin conocerme, y cuando fuí a darle ese gusto, me lo pagó dándome el cese. ¡Este es un país de ingratitudes! Bueno, pues quedarme cesante y caer mi señora enferma de gravedad, todo fué uno. En este desamparo, Paquito Luengo me tendió la mano con un billete de mil pesetas, y cuando murió la pobre, Paco costeó todos los gastos hasta dejarla en San Isidro, donde reposa esperándome, y alumbró con dádivas monetarias la negrura de mi viudez. Ya puede usted comprender que molestar a don Francisco Luengo es pedir comunicación con la Casa de Socorro.

FEITO Usté es un hombre.

CORC. Bueno y usté qué carrera... porque a ninguna profesión como la de usté se le puede llamar carrera... ¿además de *eso*, qué más es?

FEITO Yo me llamo Concordio Sánchez Feíto.

CORC. ¿Sánchez-Feito? Todo un apellido, ¿verdad?

FEITO No, señor, dos; soy Feíto por mi madre.

CORC. Usted es Feíto por su madre y por su padre y por toda la familia... ¡Y lo que no me explico es el diminutivo!

FEITO Tié usté razón, pero tó lo que tengo de feo, tengo de corazón y desde este momento usté... es amigo mío, *(Se dan la mano.)* don Amable!

CORC. ¡Silencio! Me parece que andan en la cerradura... ¡Sí, alguien entra!

FEITO ¡Recontra! ¿Será un ladrón?

CORC. No creo... A no ser que se le haya a usted ocurrido convocar a Junta general extraordinaria en este domicilio. Aguarde usté, precaucionémonos. *(Apaga la luz. Por la primera derecha entra sigilosamente Concha y al ver a Corcuera y a Feito dá un grito y se queda en la puerta.)*

CONCH. ¡¡Ah!!...

CORC. ¡Señorita!

CONCH. ¡No estoy zola!

CORC. Está usté sola... completamente sola con nosotros... Tenga la bondad de tranquilizarse.

CONCH. Ez que...

CORC. Pase y siéntese.

CONCH. No zé zi debo...

CORC. ¿No sabe usté si debe? ¡Qué feliz es usted!... pero debe usté... debe usté pasar y posar en esa otomana... del Hotel de Ventas. Está usté en su casa, y por si fuera poco con dos caballeros, servidor amable y el señor Feito.

CONCH. Ya lo veo, pero no me importa. Y ya comprenderán uztedez que cuando he entrao zin llamar...

CORC. Es porque trae usté una llave; la cosa es de ene.

CONCH. Zi zeñor... me la ha dejao Fernando. ¿Uztéz conocerán a Fernando?

CORC. ¡Qué dice usté, señorita! ¿Conocer a Fernando?... ¡Conocerle es poco! Le conozco, le trato, le cultivo. Tal vez usted le haya oído hablar de mí, yo soy Corcuera.

CONCH. Zí que pareze que recuerdo...

CORC. Pues nada, siéntese y espérele...

CONCH. (*Sentándose.*) ¡Ay, pero ustedez tendrán tal vez que hablar...

CORC. No, estábamos aquí expansionándonos ligeramente y nutriéndonos ligeramente también.

FEITO (Farfallea, pero es muy mona.)

CORC. (Como que la voy a dar un bocadillo...) Señorita, si usted quiere honrarnos tomando algo?...

CONCH. No... muchaz graziaz... no me cumple.

CORC. Le repito que está entre gente bien. Aquí mi amigo Sánchez Feíto, es corredor colegiado en toda clase de objetos.

CONCH. ¡Ah, uzté corre!...

FEITO A veces soy una motocicleta, pa servir a usté.

CONCH. Igualmente.

CORC. ¿De modo que usté está citada aquí con Fernando?

CONCH. (*Levantándose y desbordando su agitación, que ha procurado contener durante toda la escena.*) No, no, zeñor Caballero... no quiero engañarle a ustez ni puedo contenerme máz. Dizimulen uztedez que llore... (*Llora.*) pero lo que me paza...

CORC. ¡Caramba, señorita!

CONCH. Zí, zeñor; yo no vengo aquí a ver a Fernando; aunque él me ha dado la llave, yo vengo aquí... ¡a matar a un hombre!

FEITO ¡Rediez!

CORC. ¡Mi distinguida progenitora!... ¿pero qué dice uste, bella y ceceante joven?

CONCH. Zí, zeñor, a matar un hombre y le mataré. ¡Yo paezco tonta y él me ha creido una burra, porque le he querido, pero yo le pego ezta noche un tiro aquí mizmo que le atraviezo el corazón, como me yamo Concha la Farfaya, por éztaz!...

CORC. (¡Porra, pues sí que!...) (*Alto.*) Bueno, señorita, pero ¿quiere tener la bondad de decirnos de qué hombre se trata? Porque no creo que el señor y yo...

CONCH. Puez ze trata del canalla de Paquito Luengo.

FEITO (*Aparte a Corcuera.*) (¿Su amigo?)

CORC. (*Aparte.*) (El mismo.) (*Alto.*) Bueno, exaltada y amenazadora joven, ¿y puede saberse la causa, el motivo, por el cual mi amigo Paco?...

CONCH. Zí, zeñor... ven uztez a zaber la charranada que m'ha hecho y a dezirme zi no tengo razón pa dejarlo aquí muerto... que mizte la piztola...

CORC. Hombre... bonita arma... A ver... catorce pesetas. (*Se la guarda.*) Bueno, vengan los motivos, señorita.

CONCH. Miren uztedez... Yo vivía con un hombre que me adoraba, con Monón.

CORC. ¿Monón?... ¿Aumentativo de Monín?

CONCH. No, zeñor. Monón quiere dezir mi hombre, porque ez eze franzez... eze bozeador, que luchó la zemana pazada en el Circo de Pariz, con el campeón de Jamaica.

CORC. Ese negro tan terrible.

CORC. Zí, zeñor... Yo vivía con ese hombre terrible y zelozo como una fiera, pero vivía relativamente dichoza porque le iba zacando el producto de zuz puñetazoz... puez me encontré una noche a Paquito en *Cubertin Gruti-*

ze de la calle de loz Trez Pecez y me zacó a bailar y me zacó de quicio... porque ez un canalla, pero como zimpático el muy ladrón... la vuelve a una loca, el arraztrao... ¡maldita zea zu vida!...

CORC. ¿Total, que Monón, cocú?...

CONCH. Que noz fuimoz a correr una juerga Paco y yo, que me ha entretenío ocho díaz por ahí, que ze me han pazao como un zoplo y que cuando me fuí a buzcar a Monón... aquí traigo laz trez muelaz!...

FEITO ¡Muy monas!...

CORC. Pero de todo eso ¿qué culpa tiene Paquito, adorable Conchita?

CONCH. Zí, zeñor, porque yo ya ze lo dije, que conozco muy bien a los francezez: o dame daz mil pezetaz pa contentarlo, o ven conmigo a dar la cara. Y ze negó a laz doz cozaz.

CORC. ¡Pero joven, por Dios, cómo quiere usté que vaya nadie a darle la cara a un boxeador!

CONCH. ¡Ah, puez no tiene más remedio!... porque me he quedao en la calle por culpa zuya y zi ze niega... ¡que lo dejo muerto, por éztaz!, que a mí lo mizmo me dá la cárcel... que *Mazim.*

FEITO ¡Calle!... ¡ruido en la puerta! ¡Yo huyo!...

CONCH. ¿Zerá él?...

CORC. No, no... Es voz de mujer.... Señorita, usted sabe dónde está. En esta casa, la discreción... pasemos a otro gabinete y allí hablaremos...

CONCH. ¡Bueno, pero como sea él!... ¡O dos mil pesetas o viene conmigo a dar la cara!

CORC. Pase, pase... (La encierro en el cuarto de baño.)

CONCH. Tengo curiozidad de zaber quién ez.

CORC. ¿Curiosidad?... Al cuarto de baño. (*Alto.*) Usted, amigo Feito... apague y sígame. Es

Paquito. Hay que salvarle de esta furcia...

FEITO — Cuente conmigo. (*Apaga. Corcuera, que se ha guardado la linterna y la pistola, vase. Por la primera izquierda sale Paquito y Fany, guapa joven y elegantemente vestida. Al entrar da luz.*)

PAQUI. — Entra y serénate.

FANY — ¡Ay! Paco, ¿vendrá ese mónstruo?

PAQUI. — No sé; espera. Voy a mirar por el balcón.

FANY — ¿Qué?

PAQUI. — Sí... nos ha seguido... mírale, allí está.

FANY — ¡Ay, pues estoy perdida, Paco! ¡Perdida para siempre!

PAQUI. — No te apures, mujer.

FANY — Perdida, sí, perdida. ¡Y tú más perdido que yo!

PAQUI. — ¡No sé qué te diga, Fany... pero cálmate!

FANY — Sí, no lo dudes; conozco a mi tío. Con huír juntos le hemos estropeado el número. A él solo, auque es un tirador que pone la fecha de su nacimiento a balazos, en letra gótica, ya no le contrataban en los circos.

PAQUI. — La puntería va perdiendo novedad.

FANY — Tenía que ir su número unido a mi número de los perros calculadores, que es más nuevo.

PAQUI. — ¡Claro! Un perro tenedor de libros no es una cosa corriente.

FANY — Por eso la venganza de mi tío será terrible, le conozco.

PAQUI. — Bueno, mira; tengamos calma. El miedo ofusca y...

FANY — Sí; tienes razón... Además, que a mí, Paco de mi vida, nada me importa. Todo lo arrostraré por ti, todo...

PAQUI. — Si ya lo sé; además, que yo te he pedido que me sigas, ¡porque te necesito, porque...

FANY — (*Dando un grito.*) ¡Ah! Mira, me parece que es él el que se pasea por allí enfrente.

PAQUI. Sí, es él.

FANY ¿Y qué hacemos?

PAQUI. Por lo pronto cerremos el balcón en evitación de una sorpresa. (*Cerrando.*) Después... lo que siento es estar solo... no tener aquí a alguien... un amigo!... En fin, siéntate... ¡ah y apaga la luz, puede que al no ver claridad se vaya ese bárbaro. *(Fany lo hace.*) Ah, si yo pudiera enviar un recado a la pensión Picavea donde está mi amigo Corcuera. ¡Ese ha servido en Artillería!

FANY ¿Y no le asustan las balas?

PAQUI. No apuntándole a él no... Calla... Me parece que... (*Mirando a través de los cristales.*) No, se ha colocado debajo del farol...

FANY ¿Lo ves bien?

PAQUI. Desde aquí admirablemente.

FANY A ver si se va, Paco, a ver si se va.

PAQUI. Déjame observar. (*Paco sigue observando desde el balcón. Fany se ha sentado.*)

FANY ¡Lo que hace una mujer por el amor...! ¡a qué tragedias se expone... Ah, pero el amor todo lo esclarece..., todo lo ilumina... sí, lo ilumina. (*En este momento Corcuera asomará la cabeza por la segunda izquierda y enfocará encendida la linterna sobre Fany; ésta, al verse enfocada dará un grito.*) ¡Eh! ¿Pero qué luz me ilumina? (*La linterna recorre el cuerpo, la cara, etc.*) ¿Pero qué luz me recorre? ¡Paco, Paco, que me están iluminando! (*La luz se apaga.*)

PAQUI. *(Dejando de observar.)* ¿Qué dices, Fany?

FANY No sé; que he visto una luz que se me paseaba por todo el cuerpo.

PAQUI. ¿Estás loca?

FANY No, no, se me fijó en los pies, se me detuvo en las piernas y luego lentamente subía, subía, hasta darme en la cara.

(*En este momento el foco le da en la cara a Paco.*)

PAQUI. ¡Y a mí en las narices!

FANY ¿Lo ves?

PAQUI. ¡Porra! ¡Quién va!... ¿quién va?... (*Saca una browing.*)

CORC. Yo iría, pero tienes que poner la pistola a la funerala, Paquito!

PAQUI. ¿Cómo? ¿Tú aquí?

CORC. (*Avanzando.*) Para servirte como siempre, pero baja la voz. Con tu permiso voy a dar luz. (*Lo hace.*) ¡Señorita! (*Haciendo una reverencia cómica.*) ¿Es rusa? ¿Inglesa? ¿Checo-eslavaca? Lo pregunto para ofrecerla mis respetos sotto vocce, pero en su lengua nativa.

PAQUI. Es catalana.

CORC. ¡Ah, entonces... Bona nit tingui.

FANY Soy catalana, pero no ejerzo. Mi vida errante de artista...

CORC. Ya, ya... As peus de vosté.

PAQUI. Este es mi amigo Corcuera.

FANY Muy señor mío.

PAQUI. Pero qué digo mi amigo, mi hermano, más mi madre.

CORC. Desde progenitor a tía segunda, toda la gama. ¡Nos queremos con idolatría!

PAQUI. Bueno, Pero ¿cómo tú aquí?

CORC. Es largo de contar; lo importante es que me necesitas y que aquí me tienes: manda, ordena, decreta. ¿Qué os ocurre?

PAQUI. Pues nada, que esta señorita...

CORC. ¡Una monada!

PAQUI. Fany Gimenof.

CORC. ¿Esa artista que tanto ha llamado la atención en el Circo con los perros calculadores?

FANY La misma.

CORC. Como figura, una porcelana Fayancé; como

artista, admirable... ¡Vivir con cinco perros chicos! ¡Cómo están ahora las cosas! ¡Un prodigio! ¿Y qué perros?

FANY ¿Le han gustado a usted?

CORC. Los lleva usted al Tribunal de Cuentas y tienen plaza. La otra noche estaba yo en una silla de pista y uno de ellos, que estaba descansando sobre el barandal, se entretuvo en contarme las manchas del chaleco y me sacó diez y ocho... ¡Una monada!

PAQUI. Bueno, querido Corcuera, pues esta señorita y yo nos encontramos en este momento en la situación más tragica que puedas imaginarte!

FANY ¡Espantosa!...

CORC. Habla, Paquito, habla.

PAQUI. Aquí donde la ves acaba de escaparse conmigo; pero la delicadeza obliga a tratar ciertas cosas en una reserva... Fany, pasa ahí a esa habitación y espera un momento. (*Por la segunda izquierda.*)

CORC. No, a esa habitación no... Si le es lo mismo aquí este gabinete; en el cuarto de baño... se sale el agua... (*Aparte a él.*) (Ya te explicaré... Monón!)

FANY Donde sea, con tal de que no tardes.

PAQUI. Seré lo más breve posible. Anda, entra. (*Fany se dirige a la alcoba y entra por la puertecita.*) Ay, Corcuera de mi alma, ven aquí... Ven aquí y compadéceme. Me pasan en este momento dos cosas terribles.

CORC. Tres.

PAQUI. Dos.

CORC. ¡Tres, cuando yo te lo digo!

PAQUI. Bueno, tú sabrás por qué me las aumentas; pero las dos a que yo me refiero son tan terribles, que o las soluciono dentro dos minutos o perezco.

CORC. ¡Porra!... pues ya me dirás las dos tuyas; por de pronto ahí va la mía: ¿Tú sabes por qué he estado hablando en voz baja? ¿Tú sabes por qué me he opuesto a que la señorita Fany entrase en el cuarto de baño?

PAQUI. ¿Porque se sale el agua?

CORC. Porque si sale una señorita que hay ahí, es la catarata del Niágara.

PAQUI. ¿Qué señorita?

CORC. Concha la Farfalla.

PAQUI. ¡Mi abuelo!

CORC. Aguardándote la tienes y con una serie de alternativas, como para quitarle el color a don Rodrígo Gómez de Vivar.

PAQUI. ¡Díaz de Vivar! ¡No sabes Historia!

CORC. ¡Qué más dará Díaz que Gómez en un apuro en que si sale tienes contados tus díaz!... Porque me ha dicho que, o le das dos mil pesetas o le das la cara a Monón, o te pega un tiro a quema ropa. Rian pé pli.

PAQUI. Ya lo sé. Y además, es una caballeria; pero, ¿de dónde saco yo dos mil pesetas? ¡Imposible!... Y contar con que yo le dé la cara a Monon es una fantasía digna de las mil y una noche... Y respecto a lo del tiro... ¡Sálvame, querido Corcuera, sálvame!... Porque esa caballería menor me le pega.

CORC. ¿Y qué quieres que haga?

PAQUI. Llévatela, querido Corcuera, llévatela y convence a Monón; da tú la cara...

CORC. ¡Paquito!... Tú quieres verme a mí con cabeza postiza... ¡Que dé yo la cara a un tío que le pega un puñetazo al Cimborrio del Escorial y lo abolla!...

PAQUI. Es que es mi única salvación, Corcuera... ¿Tú no has jurado que darías la vida por mí?...

CORC. Pero no te he dicho nada de las narices...

PAQUI. Además, no es tan fiero el león como lo pintan... Llévatela, llévate a esa mujer por lo que más quieras... ¡Si Fanny la viese!... ¡Llévatela!

CORC. No, yo no me la llevo... Pero, ¡calla, sí!... Favor por favor...; te he salvado... Se la llevará un amigo...

PAQUI. ¿Cómo un amigo?

CORC. Sí, un amigo mío...

PAQUI. ¿Pero dónde le tienes?

CORC. Ahí en el gabán..., digo, en el guardarropa...

PAQUI. ¿Pero cómo está en esta casa?

CORC. Providencialmente. Cállate, entra ahí y aguarda un momento.

PAQUI. (*Sale a una habitación inmediata.*) Ay, Corcuera, tus brazos...

CORC. Mis brazos y todas mis extremidades. (*Yendo al cuarto de baño.*) Estimable Feíto... Querido Sánchez...

FEITO ¿Me llamaba usted a mí, don Amable?

CORC. A usted, sí, señor; acabo, señor Feíto, de hacerle a usted un favor de órdago a pares... Le he librado a usted de Ocaña.

FEITO Es verdad; no se me olvida. Y mi gratitud...

CORC. Bueno, pues voy a hacerle a usted otro mucho más grande.

FEITO ¿Cuál?

CORC. Dar a usted a ganar dos mil pesetas.

FEITO ¡¡Don Amable!! ¡Pero usté está en sus cabales!

CORC. Estoy que Salomón es un anormal comparado conmigo. ¡Dos mil pesetas para usted!

FEITO ¿Pero qué he de hacer?

CORC. Llevarse a Conchita la Farfalla; aplacar a Monón... Convencerle de que...

FEITO ¡Don Amable!... ¿Y dice usté que dos mil pesetas para mí?... Serán para mis herederos.

CORC. ¿Pero y la habilidad y el tanteo?...

FEITO La suma es tentadora, pero no me atrevo, don Amable...

CORC. Amigo Feíto, nada de vacilaciones; yo no las he tenido para abrirle a usté hasta los balcones de mi casa... O salva usted a mi amigo Paco o le doy una voz al sereno, y a la Comisaría.

FEITO No, no...

CORC. Tentativa de robo con nocturnidad, premeditación y escalo... Chinchilla, Ocaña, San Miguel de los Reyes...

FEITO Se está usté cebando. Acepto.

CORC. Basta.

FEITO ¿Pero esas dos mil pesetas?

CORC. De usté al regreso...

FEITO Avise a la joven.

CORC. Hasta que la tenga usted encerrada en su casa no pronuncie usted una sílaba. Espere un momento. (*Llamando a la puerta por donde hizo mutis.*) ¡Conchita, deliciosa tartajilla!

CONCH. (*Saliendo.*) ¿Ha venido Paco?

CORC. Chits... (*Al oído.*) Ha venido... el banquero neoyorquino Fanky y Furey con una princesa escandinava, y para que se vaya usté y le dejemos solos, ha dado las dos mil pesetas... Las lleva Feíto... con encargo de convencer a Monón... Póngase el abriguito, el sombrerito, y al arroyito...

CONCH. Pero...

CORC. ¡Chits!... (*Alto.*) Feíto, le he dicho lo de las dos mil pesetas.

FEITO Bueno.

CONCH. Pero...

CORC. Ni una palabra... por ahí. Recuerdos a Monón, y usted, amigo Sánchez, tome un taxis, lleve a esta señorita, y de paso, en el

estanco de la Puerta del Sol, me compra una corona de dos cincuenta; esta noche me pide a mí el cuerpo un habano.

FEITO ¿Dice usted que corona?

CORC. De dos cincuenta. ¡Con que pronto... y no tarde! (*Vanse. Sacando a Paquito de la mano.*) Primer compromiso solucionado. Venga el segundo.

PAQUI. ¿El segundo?... Ven aquí... (*Le lleva hasta el balcón.*) ¿Ves aquel tío que se apoya en el farol y que no quita la vista de aquí?

CORC. Véolo.

PAQUI. Pues ese tío es el tío de la de los perros, y ese tío es un tirador formidable; tira y hace blanco a un quintal de cok... Nos ha seguido, nos espera y, si tardamos, es capaz de asaltar la casa, de pegarle fuego.

CORC. ¿Y qué quieres de mí?

PAQUI. No sé..., que salgas y le hables...

CORC. Caray, Paquito... Yo te adoro tanto como a un hijo, pero tú me lanzas a los peligros con una impavidez que tengo la carne congelada y no es de la Argentina.

PAQUI. Pues algo hay que hacer, porque yo necesito salir de aquí antes de las ocho de la mañana.

CORC. ¿Pero cuándo vas a dejar de hacer locuras? ¿Qué necesidad tenías de machacarle el contrato a esa chica?

PAQUI. ¿No te gusta?

CORC. ¿Cómo gustarme? Es una mujer que, el día que la pongan a populares, servidor toma la localidad... Ahora, que no teniendo necesidad...

PAQUI. Pues ese es el caso, que la necesito a ella, como te necesito a ti, Corcuera, para salir del último y más grave de mis apuros.

CORC. Paquito, mira lo que dices, que desvarías.

PAQUI. La necesito a ella porque tenemos que partir mañana para Villacarrizo, y ella tiene que pasar por mi esposa.

CORC. ¡Cuerno!

PAQUI. Y tú por mi Catedrático de Medicina.

CORC. ¿Qué dices?... ¡¡Yo por un galeno!!

PAQUI. Sí, Corcuera, tú. Ya sabes que mi tío Aníbal cree que estoy acabando la carrera de medicina; ya sabes cómo atiende a mis gastos...

CORC. A lo Rockefeller; lo sé.

PAQUI. Ya sabes que el verano pasado le dí el sablazo grande, terrible, escribiéndole que me casaba... El, por su enfermedad, no pudo venir, pero me mandó cinco mil pesetas para el himeneo, aparte de la consignación de mes; bueno, pues la mensualidad, los sablazos extraordinarios, la herencia, muy respetable por cierto, el día que se muera, todo, todo lo pierdo si no salimos de aquí antes de que salga el tren que sale a las ocho.

CORC. ¿Pero a qué obedece esa marcha?

PAQUI. Obedece a que el otro día recibí una carta suya, diciéndome que no encontraba alivio con el médico del pueblo y había decidido venir aquí a que le viesen las mejores notabilidades, que yo, por mi condición de estudiante de quinto año, seguramente conocería, ¡figúrate! Tendría que parar en mi casa, en esa casa que no tengo; tendría que conocer a mi mujer, a esa mujer que tampoco tengo, y presentarle a mis catedráticos... ¡Catedráticos que no tengo!...

CORC. Y lo de los catedráticos es más difícil... Porque una casa y una mujer pueden improvisarse con cierta rapidez, pero un Catedrático de Medicina son quince años lo menos.

PAQUI. Por eso no vacilé ni un momento. Le escribí diciéndole que no hiciese la locura de

ponerse en camino, porque había consultado con uno de mis catedráticos, y el viaje, antes de favorecerle, pudiera perjudicarle, pero que yo, correspondiendo a su cariño, saldría inmediatamente con mi mujer y con el doctor Corcuera, una eminencia mundial, que le reconoceria y le pondría un tratamiento adecuado.

CORC. Bueno, Paquito; rico, eres de una frescura que, el que vaya a tu lado quince días, se lo llevan al Polo y se abanica. ¿Y de qué padece tu tío?

PAQUI. De los riñones.

CORC. Menos mal, porque si llega a ser de la vista, por lo menos un ojo de cristal teníamos que llevarnos de aquí.

PAQUI. Tú eres hábil, Corcuera; tú eres ilustrado; tú encuentras soluciones para todo...

CORC. Bueno, pero cómprame, para que lo vaya leyendo por el camino, un tratado de riñones... Porque yo los que conozco son salteados.

PAQUI. ¿Y me salvarás?

CORC. Te salvaré.

FANY (*Saliendo.*) ¿Pero están ustedes celebrando una conferencia o es la Sociedad de las Naciones?

PAQUI. No, ya está todo hablado.

CORC. Y todo resuelto.

FANY ¿Es posible?

CORC. Y tan posible; usted todavía no me conoce, pero yo, allanando dificultades, soy el rey.

FANY ¿El rey?

CORC. ¡El rey!

PAQUI. ¡Alguien llega!

CORC. Será Feíto, que viene a traerme la corona...

FANY Tengo miedo.

CORC. Esté tranquila, donde yo estoy no se cono ce el pavor...

(Feito entra por la primera izquierda, se cubre la cara con el pañuelo y trae la cara llena de cardenales y en la frente un chichón enorme.)

FEITO *(Entrando.)* Felices y traumáticas.

CORC. ¿Pero qué es eso? ¿Es usted, Feíto? *(Feito se quita el pañuelo.)* ¡Es usted feísimo!... ¡Qué cabeza! ¡Un kilo de nueces!

FEITO Lo que es feísimo es lo que está usted haciendo conmigo desde que nos conocemos, señor Corcuera.

CORC. ¡Increparme a mí, a su mejor amigo!... ¡Ah!, no puede ser! Reaccione, Feíto, y explíquese. ¿Quién le ha hecho a usted esas erosiones?

FEITO El Monón de la joven.

PAQUI. ¿Estaba en casa?

FEITO En el descansillo de la escalera, esperándola.

CORC. ¿Pero subió usted al piso?

FEITO Sí, señor. Verá usted. Al salir de aquí subimos a un taxi que era de ochenta, porque hoy estoy de malas, y en la Puerta del Sol bajé y me hice con la corona que usted me encargó y me la coloqué detrás de la oreja, para no estropearla en el bolsillo.

CORC. ¡Olé, cuidadoso Feíto!

FEITO Volví al auto y llegamos a la casa. Ella tenía miedo de subir sola la escalera, y yo, que soy un lipendi, la acompañé.

PAQUI. ¿Y al llegar al piso?...

FEITO Al llegar al piso sentí un puñetazo tremendo, que me incrustó la corona en la cabeza.

CORC. ¡Lástima de habano!

PAQUI. ¿Y qué hizo con usted ese hombre?

FEITO Al detalle no lo sé, porque estoy conmocionao; pero si lo que ha hecho conmigo en la escalera lo hace en el circo, tié el éxito de su vida.

CORC. ¿Ha sido un *mach?*

FEITO No ha podío ser *mach*, porque si es *mach*, estoy a estas horas en el Depósito.

PAQUI. ¡Con lo bruto que es ese Monón.

FEITO ¡No tiene usté una idea! Los últimos golpes ya no me hacían sensación, pero el primer puñetazo fué como si me hubieran dao una pedrada en la cabeza. (*Por el balcón entra una piedra envuelta en un papel, que le da en la cabeza.*) ¡Mi madre!

CORC. ¿Qué le pasa?

FEITO ¡Que me han dado una pedrada!

PAQUI. Han tirao desde la calle.

FEITO ¡Que estoy de buenas!

FANY Ha sido él... no me cabe duda.

CORC. ¡Mirad! *(Recogiendo un papel que habrá en el suelo y en el que venía envuelta la piedra.)* Un papel escrito. Luego no ha sido una pedrada; es una carta.

FEITO ¡Caray, pues la ha podido echar en la Central!

PAQUI. ¡Pronto! ¿Qué dice?

CORC. Veamos. (*Lee.*) »Fany: traigo la «Start» nueva. Estar prevenidos. O sales tú o entro yo. Y si entro yo, mañana me dan un banquete todas las funerarias de Madrid. Ya me conoces. Jimenof.».

PAQUI. ¡Santo Dios!

FEITO Ese tío es el cólera.

FANY ¿Y qué hacemos?

CORC· Nada, vosotros, nada. Para eso estamos aquí Feíto y yo.

FEITO ¿Eh?

CORC. Jimenof corre de mi cuenta y de la de éste· (*Por Feíto.*) Yo le hablaré, yo le convenceré...

PAQUI. ¿Tú, Corcuera?

CORC. ¿Y lo dudas, Paquito? ¡Pues no faltaba más!

¿No soy tu amigo? ¿No soy tu hermano? Pues por ti inmolo gustoso mi cabeza, ya lo sabes.

FANY ¿Pero qué intenta usted?

CORC. Librarles a ustedes de ese monstruo del Averno.

PAQUI. ¿Cómo?

CORC. Le haré entrar aquí. Feíto irá a buscarle ahora mismo.

FEITO ¡Yo! ¡Caracoles, señor Corcuera! Eso es demasiado. Repare usted en que me he jugado la vida por usted.

CORC. ¿Y qué es la vida, obcecado Feíto, cuando de la amistad se trata?... Nada, nada, salga a la calle e invite a entrar al señor Jimenof en mi nombre, y se añadirán a las dos mi otras dos mil pesetas.

FEITO ¿Cuatro mil?

CORC. ¡Cuatro mil!

FEITO (*Reaccionando.*) Está bien. Voy por él.

CORC. Vaya que aquí le espero. Ah, y cuando entre no cierre la puerta por lo que pudiera ocurrir.

FEITO Voy a que me remate, pero voy. Ya me es igual! (*Sale por la primera izquierda.*)

PAQUI. ¿Qué has hecho, Corcuera? Ese hombre se va y no vuelve.

CORC. Ese hombre no se va hasta que cobre... y dado el carácter que me has pintado de Gimenof, cobra, vaya si cobra. Está tranquilo, vuelve; no sé si más lesionado, pero retorna.

FANY ¿Y qué le va usted a decir a mi tío? Piense que es hombre que no se aviene a razones.

CORC. Yo les libro a ustedes de Jimenof o dejo de ser quien soy.

PAQUI. Confío en tu ingenio, pero ¿y si te insulta?

CORC. Me cubriré de paciencia.

FANY — ¿Y si tira?

CORC. — Me cubriré con Feíto. No os preocupéis y dejadme solo. Entrad en esa habitación...

PAQUI. — Parece que hablan fuera...

CORC. — Pronto, entrad ahí. ¡Ellos son!

PAQUI. — ¡Suerte, Corcuera!

FANY — No se confíe usted, por Dios. (*Fany y Paquito entran por la seguda izquierda. Corcuera se deja caer indolentemente en una butaca.*)

FEITO — Pase usted. (*Cede el paso a Jimenof, que es un hombre un tanto extraño. Usa melena, lleva un sombrero con mucha ala y un chaquet de color con trencilla.*)

JIMEN. — Caballero.

CORC. — Señor mío.

JIMEN. — Me ha hecho usted venir y aquí estoy; pero le advierto que a mí me gusta ahorrar palabras.

CORC. — Y yo ahorrando soy una hucha.

JIMEN. — Mi sobrina está aquí. Mi sobrina se me ha escapado seducida por un granuja.

CORC. — ¡Caballero!

JIMEN. — ¡Por un granuja! Ella es inocente y siempre que se me fuga es porque me la seducen. Esta es la quinta vez que me ocurre, pero de esta no paso. El domingo termina nuestro contrato en Madrid y el lunes debutamos en Jaca. Que salga Fany y que me siga.

CORC. — Antes es preciso que hablemos.

JIMEN. — Economicemos palabras. Yo tengo esta pistola y si no sale pronto Fany...

CORC. — Feíto, ven acá...

FEITO — Estoy bien aquí.

JIMEN. — ¿Qué decide usted?

CORC. — Pues bien, señor Jimenof, su sobrina saldrá, pero antes he de decirle unas palabras.

JIMEN. — ¡Hable o disparo!

CORC. Yo no puedo hablar con un hombre que no está... *(Aparte.)* ¡Ah, qué idea! *(Alto.)* Con un hombre que no está. *(A voces en el balcón.)* ¡Sereno!... Si estuviera usted ¡sereno!, nos entenderíamos, y además de entendernos, terminaría usted su contrato el ¡domingo!; pero de aquí a que llegue el ¡domingo!...

JIMEN. Acabemos; esté sereno o no esté sereno, yo me la llevo.

CORC. Usted se lleva de aquí lo que quiera. *(Por la primera izquierda aparece Domingo con dos guardias de seguridad.)*

JIMEN. Yo me llevo lo que quiero llevarme y nada más.

DOMIN. *(Echándole mano.)* Tú lo que te vas a llevar es una paliza y unos cuantos meses de cárcel.

CORC. Duro con él, que quería limpiarnos el piso.

DOMIN. Ya se lo advertí yo a usted.

JIMEN. Esto es un atropello; yo soy un artista, soy un tirador.

DOMIN. Tirador, ¿eh? *(A los guardias.)* Tirar de él y a la Comisaría. *(Los Guardias y Domingo se le llevan y se oye la voz de Jimenof que va protestando y gritando.)*

JIMEN. Esto es una infamia. Yo soy un hombre honrado.

CORC. *(Desde la primera izquierda.)* Encerrarlo y no despertar al Comisario hasta por la mañana: no vale la pena, un ladronzuelo de los corrientes... *(Paco y Fany saliendo con alegría.)*

PAQUI. *(Con los brazos abiertos.)* ¡Corcuera!

FANY *(Idem.)* ¡Señor Corcuera!

PAQUI. ¡Eres grande!

FANY ¡Es usted inmenso!

CORC. ¡Pchs! Esto no vale la pena.

PAQUI. Y ahora a hacer deprisa los equipajes y al tren.

CORC. Ya lo oyes, Feíto, tenemos que salir de viaje para curar a un señor.

FEITO ¡Quién yo!

CORC. Se añadirán a las cuatro mil devengadas, dos mil pesetas más.

FEITO ¿Seis mil pesetas?

CORC. Seis mil. Te hago millonario. Necesito un ayudante y nadie mejor que tú.

FEITO ¿Yo su ayudante?

CORC. Tú mi ayudante.

FEITO Pero si es que...

CORC. No admito réplicas. Desde este momento dejas de ser corredor de toda clase de objetos para convertirte en el ayudante del doctor Corcuera: te quito de correr, pero te doy una carrera.

TELON

ACTO SEGUNDO

Patio con azulejos y una fuentecilla que sirve de *hall* a una Fondita simpática de un pueblo importante. Tiene columnas que sostiene arcos artísticos y galerías altas. Al foro puerta que da a la calle. Dependencia «Administración» a la izquierda. Llavero, cuadro de timbres... algunos equipajes y puertas de cuartos numerados con el número 7 el primero de la izquierda, y con el 8 el segundo. Es de día.

HUGO Y MANUELA, camarera de la fonda, hablan sin entenderse.

HUGO — Lassen si aimen dolmetcher Komen.

MANUE. — Pos si que l'han hecho güena, dejarme a mí con un aleman, como si yo... ¡Ese don Generoso, vamos...

HUGO — Lassen si aimen dolmetcher Komen.

MANUE. — ¿Que a qué hora se come?... A la una y media.

HUGO — ¡Suder!... ¡Suder!..

MANUE. — Pues usté sudará, pero hay que ver lo que yo sudo... cáa vèz que me dirige usté la palabra, hijo...

HUGO — Lasen si migin rue.

MANUE. — Bueno... sí, señor... No metiéndose con mi familia, diga usté lo que quiera.

HUGO — Damischer junt.

MANUE. — Y que lo diga usté... Yo le doy la razón.

HUGO — Veljain escandal.

MANUE. El escándalo lo armará usté solo, porque yo me voy.

GENE. (*Sale.*) ¡Pero Manuela, pero qué te pasa para que des esas voces que te se ladea la cofia!

MANUE. ¡Usté cree que hay quien tenga la cofia derecha hablando con un alemán!... No dice más que fou, pin, kou... y yo na más que de repetirlo pos que me se está cayendo el moño... Es un lenguaje que se fija uste y les tiembla el cráneo. Fus, pis, cor... Le dicen a usté un piropo y es una traca.

HUGO (*Indignado a ella.*) Lasen simigin rue.

MANUE. Este tío cree que me burlo. Es que le estoy diciendo...

HUGO (*A don Genaro.*) Lassen si aimen dolmetcher Koman.

GENE. Güi, güi, güi... güi, güi, güi.

MANUE. Usté le contesta en codorniz, y claro, eso pué que lo entienda.

GENE. Es pa ver si lo aplaco, mujer... Lo malo es que no ha regresao toavía el representante del circo, que es el único que lo entiende.

MANUE. A mí me dijo que volvería hoy, porque se ha ido a buscar negocios pa cuando acabe aquí la feria.

GENE. ¿Y no l'has podío entender a este tío una palabra?

MANUE. No, señor, ni media.

GENE. Pos yo, ¿sabes lo que hacía con este tío?, llevarle a la botica; porque don Eutropio tiene Diccionario de voces raras..., pué que lo entienda.

MANUE. ¿Pero y si lo meto en la botica y cree que le vamos a dar calomelanos y se enfada?

GENE. Mujer, algo tenemos que hacer... no sea que se vaya sin pagar... que es lo único que entenderíamos, verás. (*A don Hugo.*) Mar-

chen, farmacien, muchachen germanien... Arreen, Manuela.

MANUE. Venguen... pero no toquen... Anden.

HUGO (*Siguiéndola.*) Ellastics blans mullats fau fartic.

GENE. No tenga usted cuidao, que no se lo digo a nadie. Adiós. (*Vanse.*) A ver si don Eutropio nos saca del apuro, hasta que venga el representante... porque un tío así es un tormento.

HILA. (*Que sale por el foro.*) M'ha dicho la chica, que lleva al alemán a ver si mi hermano...

GENE. Me s'ha ocurrido esa idea. Como tiene un diccionario pa cuando recibe específicos... puede que él...

HILA. ¿Bueno, y qué?... diga usté, diga usté, amigo Generoso... debe usté tener la fonda reventando de gente importatísima y elegantísima.

GENE. Sí, señora... Esto parece el Rize u el Palace. Anoche a las siete llegaron doña Blanca y don Anibal del Cortijo... porque quién que la consulta de médicos se celebre aquí en la fonda, porque allí no tienen elementos pa alojar a personas de rango...

HILA. Claro está... ya se lo decía yo a mi hermano... la Blanca y don Anibal tien que venirse aquí, porque en el Cortijo no tien más mobiliario que cuatro estantiguas que no son pa gente de clase y con lo estirao que son ellos.

GENE. Pos sí, señora, a las siete llegaron los dos hermanos en un magnífico Ford, tirao por dos mulas.

HILA. Siempre se les está rompiendo.

GENE. Y en el tren de las ocho y cuarenta llegaron el sobrino Paquito, la sobrina, que es superior, vulgo butén, y esa eminencia médica

de Madrid, el doctor Corcuera y su ayudante... Un tal Feito, que si viera usté qué bien le va el apellido...

HILA. Bueno, y la sobrina, ¿qué tal es, diga usté?

GENE. Ya le he dicho a usté que preciosa.

HILA. ¿Pero tan guapa como dicen?

GENE. Más. Es tan mona, tan elegante y tiene una desfachatez tan *como il faut*, que no hizo más que entrar, encedió un pitillo Kedive, se sentó, puso una pierna sobre otra, y hasta dónde enseñaría las medias, que los cinco viajantes que paran en casa anoche no cenaron.

HILA. Claro, así la que no enseñamos, teniendo qué, no vaya usté a creerse...

GENE. Ya me lo figuro.

HILA. Pues estamos perdidos; pero yo le advierto a usté, que me voy a lanzar... a mí no me achican las de Madrid.

GENE. Pos claro, siéntese usté, amiga Hilaria, siéntese usté.

HILA. (*Se sienta.*) Gracias. (*Pone una pierna sobre otra con cierta exageración.*)

GENE. (*Mira con codicia.*) (¡Caray, pues sí que... No hace mal papel, no!)

HILA. Bueno, y ese médico, esa eminencia que dicen que nos va atontolinar, ¿qué tal es?

GENE. Pues mire usté, es un tío de lo más atraztivo y lo más llano que he visto. Cuidao que yo estaba prevenido contra él; yo decía, será un sabio de esos orgullosos, serio, antipático, pues no señora: es el tío más campechano y más simpático que usté ha visto. No hizo más que llegar y me se fumó media petaca.

HILA. ¡Uy, qué sencillo!

GENE. Ahora, lo que asusta es verle comer panecillos. Docena y media de vienas pa tomar-

se un tente en pie... pero un tente en pie que no se sienta en seis horas.

HILA. ¿Y el ayudante?

GENE. L'ayuda bastante, al menos a comer; le pusimos una cola de merluza de dos kilos pa que se sirviera y cuando fué el camarero a recoger la fuente... se le encontró poniendo sus iniciales con las raspas... Había acabao con la cola... y del cubierto no sabemos que haría, pero no pareció.

HILA. Bueno, ¿y como sabio, es lo que dicen?

GENE. Eso creo que un fenómeno. Cuentan de él y no acaban.

HILA. Pues aquí ya se pué atar los pantalones, porque se la preparan buena.

GENE. ¿Qué quiere usté decir?

HILA. Verá usté por qué lo digo; porque don Ovidio, el médico del pueblo, pa que el sabio éste no le coja solo y lo revuelque, se ha traido en consulta a los dos primeros espadas de por estos pueblos... a don Plácido Borrajo...

GENE. ¡Buen teórico!

HILA. Y a don Serapio Arroyo.

GENE. ¡Buen practicón!

HILA. Anoche se reunieron los tres con mi hermano en la rebotica y les oí decir que van a aplastar a ese tío a fuerza de ciencia... Se han traído tres maletas llenas de libros. No le digo a usté más.

GENE. Pues me parece que dan en hierro, porque este señor lleva la sabiduría en la cara.

HILA. ¿Cree usté?

GENE. No hizo más que llegar anoche y le dijimos que la Manuela tenía dolor de huesos y estaba destemplá, que si quería pasar a verla; pues entró y yo no sé qué la haría, que a los dos minutos salió la chica dando carre-

ras, muerta de risa, y diciendo, ¡pero qué hombre éste!... Y por ahí la tié usté deseando caer mala otra vez. ¿Qué te ha hecho? le dijimos. Yo no he sentio más que cosquillas, un azote, y seguía riéndose... y con un apetito...

HILA. ¡Qué fenómeno!... ¿Y es guapo?

GENE. Muy agraciao, sí, señora.

HILA. Hombre pues le tengo que consultar yo, a ver qué me pasa que me acatarro tan a menudo.

GENE. Y que los de usté son catarros de pecho.

HILA. Y grandes.

GENE. Sí, señora, muy grandes, ya lo sé, ya.

HILA. ¡Calle!.. Mire usté, si antes los nombramos.. los médicos rurales que vienen.

GENE. Es verdad. Qué majos s'han puesto.

HILA. Como van a alternar con una celebridad. *(Aparecen don Plácido Borrajo, don Serapio Arroyo y don Ovidio Cámara. De chaquet antiguos y hongos raros. Los tres, viejos. Tres tipos. Del foro.)*

OVID. Buenos días.

PLAC. Doctos y felices.

SERAP. «Sàluten plúriman».

GENER. ¡Señores!... ¡Tanta ciencia por mi casa!

HILA. ¡Y tan bien portada!

OVID. *(Reverencia.)* ¡Señora Hilaria!

SERAP. ¡Señora Hilaria!

PLAC. ¡Señora Hilaria!

OVID. Amigo Generoso, ¿sería usted tan amable que nos permitiese instalar en cualquier departamento de su respetable hotel una pequeña biblioteca, por si nos precisara documentarnos durante la consulta que ahora mismo celebraremos aquí con esa «suá disan» eminencia médica cortesana con que nos amenazan?

GENER. La casa es de ustedes, don Ovidio.

OVID. Robustiano, introduce los volúmenes. (*Pasa un gañán con una maleta y dos atadijos de libros. Le siguen otros dos con igual carga.*) Pasad, muchachos...

HILA. ¿Pero qué es eso?

PLAC. Todo lo que se ha escrito en riñones, señora.

HILA. ¡Pues ya son riñones!

GENER. Pasarlo ahí al catorce.

(*Lo entran y luego se van.*)

SERAP. El doctor Corcuera, a quien yo nunca había oído nombrar:..

OVID. Creo que apenas ha vivido en España, pertenece al «The royal medical Colega de London», y acaba de establecerse en Madrid.

SERAP. Pues eso iba a decir, que él procederá de donde quiera, pero ahora verá si aquí somos aptos o inaptos, neptos o ineptos, como patólogos y como cirujanos.

HILA. ¡No, como patólogos, dice mi hermano que son ustedes tres patólogos de aupa!

OVID. Señora, eso de aupa...

HILA. ¡Vamos, quiero decir tres primeros espadas, tres matadores!

SERAP. Tratándose de medicina lo de matadores...

GENER. Yo, lo que he oído decir al ayudante, es que el doctor Corcuera le saca un riñón a su sombra en menos de dos minutos.

OVID. ¡Ahí quiero pillarlo yo, con el bisturí en la mano!... Y mientras hienda la carne del paciente, yo les juro a ustedes que seguiré su instrumento milímetro a milímetro... y, ¡ay de él como descarríe!

PLAC. Pues en teoría a riñones no me gana a mí. Se lo aseguro y se lo probaré.

SERAP. No sabe dónde se ha metido. Va a sudar pez.

OVID. ¿Y el pobre don Aníbal, el querido paciente, se ha levantado ya, amigo Generoso?

GENER. No lo sé, pero ahí viene su respetable señora hermana doña Blanca, que puede decírselo a ustedes.

(*Sale doña Blanca por la derecha. Es una señora como de cincuenta años, seria, estirada, de honestidad excesiva en el vestir. Modales muy enamorados. Voz enfática.*)

OVID. ¡Mi señora doña Blanca!

BLAN. ¡Caro doctor!

GENER. (*Aparte a Hilaria.*) (¡Eso de caro!...)

HILA. (*Idem.*) (A duro la visita.)

OVID. ¿Y mi señor don Aníbal, cómo pasó la velada?

BLAN. Desvelado en cuanto al reposo... Desasosegado en cuanto al sosiego, y febri-excitante, pero bien. ¿Los señores?...

OVID. Voy a tener el honor de presentarles: don Plácido Borrajo, ilustre cirujano de Carrascosa de Arriba. . Sabio oculto en la humildad de un pueblo como perla en su valva...

BLAN. ¡Oh!

PLAC. Mandatos del destino, señora.

OVID. Don Serapio Arroyo, bisturí prodigioso y una de las manos más diestras de Temerón de Abajo.

BLAN. Placer inmenso en estrechar esta diestra tan diestra, señor Temerón.

SERAP. Arroyo.

BLAN. ¿De Arriba?

SERAP. De Abajo.

BLAN. ¿Entonces, Borrajo, de Abajo?

PLAC. ¡De Arriba!

BLAN. Encantada; de Arriba o de Abajo, mi gratitud es ilimitada. Con permiso... Tres cafés con leche para el nueve, ¿tendrán la bondad?

GENER: En seguida, doña Blanca.

BLAN. Y cinco chocolates para el doctor Corcuera...

OVID. ¿Tantos le acompañan?

BLAN. No, es que quintuplica...; dice que cuando es con canela, quintuplica. Al ayudante huevos con jamón, también quintuplicados.

GENER. A escape. (*Va a servirlo.*)

OVID. Pues nosotros, con su permiso, vamos a retirarnos hasta la hora de la consulta.

BLAN. Que deseamos sea muy breve, ya lo saben.

OVID. Unos minutos, los precisos para ingerir una ligera refacción que les he preparado en mi casa, y caeremos aquí. Señora... (*Reverencia.*)

PLAC. Señora... (*Idem.*)

SERAP. Señora... (*Vanse.*)

BLAN. ¡Qué galenos!...

HILA. ¡Tan galenos como éstos los habrá, pero más...!

BLAN. Y usted, ¿qué tal, amiga Hilaria, que todavía no la he saludado?...

HILA. Deje usté, no me corre prisa..., doña Blanca

BLAN. Claro, distraída con estos doctores...

HILA. ¿Y cómo está, cómo está su señor hermano?

BLAN. Mal, hija, cada vez peor... Este don Ovidio, que se cree una perla, es un chinarro... No ha entendido a Aníbal. Gracias que mi sobrino Paquito se ha traído a su maestro, y de él espero una resurrección.

HILA. ¡Ay, así sea!

BLAN. Tengo una fe ciega en ese sabio; es tan simpático, tan espontáneo.

HILA. Y su ayudante, ¿qué tal?

BLAN. También muy simpático; habla usté con él cuatro veces, y le roba... el albedrío. ¡Y luego tan aficionado a los objetos de arte!... ¡Anoche me cogió a mí la pulsera y... vamos, creí que no me la devolvía!

HILA. Casi todos los sabios son artistas. Y con su sobrina, ¿está usté contenta, doña Blanca?

BLAN. ¡Oh, es una criatura encantadora, tan bella, tan cariñosa!... No se separa de mi hermano ni un minuto y a mí se me come a ósculos!

HILA. ¡Se conoce que es muy cariñosa!

BLAN. ¡Ay, sí, señora, lo es, y, por serlo, hasta con los animales!... Anoche vió al «Sultán», al perro de la fonda, y no hacía más que decirle: «¿Si de cuatro quitas dos, cuántas quedan?...» Y le hacía dar dos golpes con la patita..., y le daba azúcar. ¡Si viera usté, el perro ladraba con una gratitud tan matemática!

HILA. ¡Ay, qué simpática!

BLAN. ¡Ay, calle usté!... ¡El doctor!... ¡Ahí sale el doctor con su ayudante!... ¡Doctor..., doctor!...

(*Corcuera y Feito salen por la primera izquierda; vienen de chaquet. El de Feito es como para vender cacahuets.*)

CORC. ¡Mi admirada doña Blanca!

BLAN. ¡Doctor!... (*Se dan la mano efusivamente.*)

CORC. ¿Qué tal ha pasado usté la noche?

BLAN. Reposando, doctor...

CORC. Oh, bien, bien. ¿Sueño apacible?

BLAN. Apacibilísimo.

CORC. Bien, bien... Y esta bella señora, ¿es alguna deuda de usted?

BLAN. La hermana del farmacéutico.

CORC. ¡Oh, pues creí que sería una deuda!... Como está uno obsesionado con... ¿Y usté es de esta localidad?

HILA. No, señor, mi verdadera localidad...

CORC. Su verdadera localidad es delantera de paraíso; siga usté.

HILA. Soy de Daimiel...

CORC. ¡Daimiel! ¡Hermoso pueblo de la Mancha!...

Pues une usté, señora, a su belleza, una belleza manchega, serena y flúida; la sugestividad más atrayente y adorable. Mucho gusto en estrechar estos cinco pétalos de azucena, y al aspirar su perfume y osculizarlos, sólo se me ocurre gemir: ¡Olé por la farmacopea! *(Le besa la mano.)*

HILA. ¡Oh, pero qué doctor tan finísimo!

BLAN. ¡La ciencia siempre ha sido galante!

CORC. Y cuando por delante de la ciencia empiezan a desfilar esculturas como usté, Blanquita, se siente uno poseído de la tumefacción más febrífuga y patológica.

FEITO Chipén.

CORC. No hables en latín que no entienden.

BLAN. ¡Oy, por Dios, tiene usted una finura que diluye, doctor!

CORC. Pero en fin, dejemos la galantería para intromisionarnos en el prosaísmo cotidiano. ¿Ha venido ya el médico de almohada, vulgo cabecera, para celebrar la consulta?

BLAN. Sí, señor, y se ha traído dos compañeros más.

CORC. *(Asustado. Aparte.)* (¡Atiza!) ¿Dos compañeros?...

HILA. Dicen que quieren verlo operar a usté.

CORC. ¿Verme operar a mí? (¡mi madre!) ¡mi madre, qué alegría!

HILA. Le advierto a usté que no despreciando a nadie son tres sabios... Tres primeros espadas.

BLAN. Creo que se han venido con tres maletas de libros.

CORC. Tres primeros espadas con tres maletas, ¡qué antagónico! ¿Oyes esto, Feito?

FEITO Ya, ya...

BLAN. Ya se puede usté preparar... toda su ciencia va a ser poca.

CORC. Para estos tres matadores me basta a mí con este puntillero.

FEITO *(Encantado.)* Conmigo.

CORC. Ya le verán ustedes con el bisturí.

FEITO ¿Yo?...

BLAN. ¿Pero no va a ser usted el que opere?

CORC. Señora, la operación a realizar en su hermano de usted, es una cosa tan sencilla, tan rudimentaria, que bastará que aquí mi ayudante...

FEITO No, no... quiá... de ninguna manera, don Amable; yo, si estuviéramos solos, operaba a ese señor sin ningún inconveniente; pero habiendo venido tres primeros espadas, yo no me expongo a que me lo echen al corral!

CORC. ¡Pero qué estás diciendo de corral! No seas ordinario... Tú harás lo que yo te mande... (que aquí también hay Guardia Civil).

BLAN. En fin, yo con el permiso de ustedes voy a ir preparándolo todo para la operación. Y a decir a mi hermano que salga a saludarle!

CORC. Muy bien, muy bien.

BLAN. Hasta luego, Hilaria. *(Vase.)*

HILA. Y yo voy a casa también. Hasta luego, doctor.

CORC. ¡A los pies de ustedes... es decir pies... a los piñones de ustedes!

HILA. Adiós, señor Feito. *(Vase.)*

CORC. Esa señora es paisana tuya.

FEITO ¿Es de Navalmoral de la Mata?

CORC. No; pero es bastante feita también.

FEITO No sé como tiene usted gana de broma, porque ya ha oído usted a doña Blanca de Cogolludo. Lo que ha dicho es pa ponerle los pelos de punta a un queso de bola.

CORC. Calla, hombre, que estoy bromeando a ver si me vuelve la sangre al corazón.

FEITO ¿S'habrá usté aterrao al oír a doña Hilaria!

CORC. Al oír a doña Hilaria me he aterrao, y al oír a doña Blanca, doble. ¡Ahí es nada, que opere yo! Porque vamos, yo, querido Feito, le he sacao muchas veces un riñón a un conocido, pero un riñón económico, metálico, ahora el auténtico, ese no se lo saco ni a un conejo!... Por lo tanto, querido Feito, añade dos mil pesetas más a las ciento sesenta y cuatro mil ofrecidas y prepárate a...

FEITO ¡Pero don Amable, pero usté está loco! ¿Usté quié verme a mí comprendido en un indulto de Viernes Santo?

CORC. Pues tú no me has dicho que tus padres han tenido pollería y que muchas veces has matado...

FEITO ¡Pero hombre, una cosa es matar un pollo y otra cosa matar a un anciano!

CORC. Hombre, salvando las canas, yo creo que...

FEITO ¡No, eso sí que no... antes muerto que matador, don Amable!

CORC. ¡Dios mío!, ¿y qué hacemos?... En qué apuros me pone a mí este Paquito, porque vamos, en la parte teórica me traen a mí a Hipócrates y le largo tres párrafos que le dejo sin habla... pero como me pongan el bisturí en la mano... yo le extirpo a un galeno medio chaqué y ya veremos por dónde salimos!... ¡Cómo salir del trance, Dios mío!

FEITO Calle usté que traen al paciente, al paciente.

CORC. Es verdad, ¡pobre señor! Ahí donde lo ves tiene más de tres millones!

FEITO ¡Por qué no se tratará de un riñón de la otra clase!

CORC. Porque la fatalidad es así... ¡te da los riñones como quiere!

(Por el foro izquierda sale don Aníbal; le trae Fany cogido de un brazo. Detrás Paquito y doña Blanca.)

ANIB. (*Andando vacilante, pero con movimientos bruscos, que quiere hacer enérgico.*) Suéltame, hija, suéltame, que aún me sobran energías... para caminar.

CORC. Bravo, don Aníbal, bravo! ¡Qué temple de hombre!

ANIB. ¿Qué le parezco a usted, doctor?... ¿Estoy firme?

CORC. ¡Que es usted un espíritu fuerte!

FANY (*Volviendo a cogerlo.*) ¡Por Dios, tío, no haga usted pinitos!

PAQUI. ¡Déjale, Fany!... ¡El sabe las fuerzas con que cuenta!

ANIB. Déjame, sin temor... ¡Soy una roca!... Verá usté con qué entereza llego al momento supremo!... (*Anda y vacila.*)

FEITO ¡Que se cree usté eso!

FANY ¡Que se va usté a matar!

PAQUI. ¡Por Dios, tío!...

ANIB. No tener miedo, esta pierna me responde.

CORC. Esa sí, pero como la otra se hace la tonta, se va a dar usté un trastazo que va a romper un mueble con la cabeza y qué necesidad tiene usté de más gastos.

BLAN. Ya ves lo que dice el doctor. Con que siéntate, Aníbal, no seas niño.

ANIB. Pero si voy derecho como un huso.

CORC. Sí, pero es que el exceso de uso... le puede a usté engañar y sobre todo no conviene gastar energías dinámicas.

FEITO Ni anatómicas.

CORC. ¡Hombre, muy bien, querido Feíto!... Cómo aprendes.

FEITO ¡Aplicao que es uno!

BLAN. Siéntate. (*Lo sientan.*) ¡Anibal!

FANY Le pondremos los almohadones... ajajá. ¡Así, tiíto!...

ANIB. Y ahora encenderme un cigarro.

FANY Yo se lo encenderé.

BLAN. No; no quiero que fume.

FANY Yo se lo fnmaré. ¿Verdad, tiíto? Le paso el humo por la cara y se hace la ilusión.

ANIB. ¡Oh, hija mía, eres un ángel!... Ah, Paquito, ¿por qué has tardado tanto en traernos a este querube?... ¡este cielo!

PAQUI. Pues la verdad, mis ocupaciones, mis estudios... y luego que yo no sabía si una muchacha tan modesta les gustaría a ustedes!...

BLAN. Pues no había de gustarnos, ¡pobrecilla!

ANIB. ¿Y qué es... que no tenías fortuna?

FANY ¡He vivido con unos cuantos perros nada más, tío!

ANIB. ¡Pobre! Pues no te apures, hija, que tu tío tiene una fortuna para ti! Si me opero mañana yo te juro que esta noche haré testamente y no quedarás descontenta.

FANY ¡Oh, tío, tío de mi alma!... ¡me hace usted llorar!

PAQUI. Bueno, tío, usted sabe que yo soy un muchacho ordenado... y que dejármela a mí, es como si se lo dejara usted a ella!

ANIB. Pues se lo dejo a ella, tonto, que es como si te lo dejara a ti, ¿no es tu mujer?

PAQUI. Sí, pero vamos... (Esta me hace una jugada.)

FANY ¡Oh, tío de mi alma... déjeme usted besarle la mano!

ANIB. ¡Angelito!... ¡Qué melena tiene! (*Se la acaricia.*) ¿Te molesta que te acaricie?

FANY ¡No, no, distráigase, distráigase!... ¡Deme usted un beso, tío!

ANIB. ¡Y cuarenta! (*La besa.*)

BLAN. ¡Oh, qué cuadro, doctor!... ¡No le saltan a usted las lágrimas!

CORC. No es que me salten, es que juegan a la comba.

FEITO Y a mí me rebrincan.

PAQUI. (*Furioso.*) (¡Y a mí más!) (*Alto.*) Mira, Fany, no te pongas pesada.

FANY ¿Pero es que te molesta que quiera al tío?

ANIB. ¡Celosuelo, celosuelo!

PAQUI. Una cosa es que le cuides... pero no le aburras, déjale.

FANY Es que si le dejo yo no me deja él...

BLAN. ¡Tiene razón, se quieren tanto!

CORC. Y luego que hace tan bello... ¡la nieve de los años acariciada por el oro juvenil!...

ANIB. ¡A usté también le dejaré una manda, doctor!

CORC. Usté me manda lo que guste.

FEITO (*Amabilísimo.*) ¡Lo mismo digo!

CORC. Tú no te metas y tómale el pulso que es tu obligación.

FEITO Con mucho gusto, sí, señor... (*Se lo toma.*) ¿Me deja usté su reloj pa calcular?...

CORC. No, el reloj no se lo deje usted; que lo tome a ojo... Peca de filiforme o de uniforme?

FEITO ¡De uniforme!... Yo más bien se lo encuentro de paisano.

BLAN. ¿Pero qué dice usted, Feito?

CORC. Quiere decir, corriente... (*Aparte.*) ¡Animal! (*Alto.*) ¡Es que usa unos términos tan pintorescos!...

ANIB. Pero es muy inteligente este ayudante.

CORC. Algo remiso todavía.

BLAN. ¡Claro... la inexperiencia! Le faltará ojo clínico.

FEITO No, del ojo es por culpa de Monón.

CORC. Sí... Monón es el profesor que tuvo antes, que no era tan escrupuloso como yo y no le enseñaba el valor de los agentes terapéuticos... porque éste, ahí donde lo ven ustedes, odia a los agentes.

ANIB. ¿No le gustan a usted?

FEITO ¡En parejas me dan pánico!

CORC. Oh, pero es un practicón enorme...

BLAN. ¿Habrá estado en algún hospital?

FEITO Sí, señora, con el ruma.

CORC. Con el doctor Ruma... Ruma Stragosti, freno-pata austro húngaro, fundador del Sanatorio de Megalómanos de Praga.

PAQUI. (¡Qué tío inventando!)...

ANIB. Ah, pero también abarca usté la frenología?

PAQUI. Es un poco nerviólogo. Durante diez años se dedicó a locos.

BLAN. ¿Y usted también?

FEITO ¡Yo a tontos!

(Sale don Generoso y se pone a escuchar.)

PAQUI. Cuéntele usted, maestro, cuéntele a mi tío lo que les pasó a ustedes con aquel monomaníaco persa.

ANIB.
BLAN. Cuente, cuente.

(Don Generoso se acerca y oye embobado.)

CORC. (No me hagas fantasear, Paquito, por tu madre!)

BLAN. ¿Cual era la monomanía de aquel sujeto?

CORC. Que lo diga éste... Cuéntalo tú, Feíto, que tienes más gracejo.

FEITO ¿Yo?... Pues nada, que era un tío que se creía alfombra y teníamos que sacudirlo por el balcón todas las mañanas.

CORC. Lo que sudábamos para enrollarlo, ¿te acuerdas?

BLAN. ¡Qué rarezas!

PAQUI. Pues y aquel otro que me contó usted, que le daba por creerse que era una hucha, y moneda que veía, moneda que se tragaba!

BLAN. ¡Qué horror!... ¿Y qué le producía aquéllo?

CORC. Pues le producía bastante... Cuando le operamos ya tenía reunidas veintinueve pesetas.

FEITO ¡Con sesenta céntimos!...

CORC. La calderilla se la sacaba éste.

GENER. ¡Sí que habrán visto ustedes cosas!...

CORC. ¡Figúrese usted, seis años rodando por los hospitales de Alemania.

(*En este momento aparecen en la puerta Hugo y la Manuela que viene dando voces.*)

GENER. ¡Oh, pero usted ha estado en Alemania?

CORC. Seis años; ya lo he dicho.

GENER. ¿Y habla usté el alemán?

CORC. Toma, mejor que el español.

FEITO ¡Y yo!...

GENER. ¡Hombre, me alegro; gracias a Dios!...

TODOS ¿Qué pasa?

GENER. Pues nada, que me alegro por ese pobre artista del Circo, que acaba de llegar.

PAQUI. ¿Está enfermo?

GENER. No, que es alemán y no hay quien lo entienda. Mira por donde ha encontrado dos que...

CORC. (¡Arrea!)...

FEITO (¡Mi madre!)

GENER. (*Llamándole.*) Pase usté... Venga usté aquí. Estos dos señores hablan el alemán... ¡su lengua de usté! Si usté fuera tan amable que le preguntase...

CORC. (¿Qué hago yo?)... Sí, señor; sí, señor, con mucho gusto.

HUGO (*Dirigiéndose a Corcuera.*) ¿Vai volen zi zaguen?

CORC. (Yo no me achico.) Saguen underbur, guaterman straus.

HUGO Volen huisquis frates, meifer, un dan...

CORC. Amsterdan, Franfor, tilmecan, huelis...

HUGO Guas...

CORC. Más que guas, gües...

HUGO (*Enjadándose.*) Est itz merfort hauren pilsen.

CORC. Ni pilsen, ni polsen... Err chagris, manen gorsen... (*También enfadado.*) Y furcien larguen.

TODOS ¿Qué dicen?

CORC. Nada, hombre; esto no se puede aguantar.

HUGO Morti gunt gait...

CORC. Pilsen braus, jaus...

GENER. ¿Pero qué es?

CORC. Nada, que lo debe usté echar ahora mismo a la calle, porque dice que esta fonda es una porquería; que está llena de chinches... Virten, chinchen, morten...

CENER. ¡Ah! ¿Pero ha dicho eso?

HUGO Fuin gut naguen, bresten, ¡got!... ¡met!

CORC. Sucien... Estronpin... larguen... ¡Y que usted es un cerdo.

GENER. A la calle ahora mismo...

PAQUI. ¡Qué grosero!

HUGO Marvit goten, suder guet.

TODOS ¡Fuera!... ¡Echarlo!

GENER. Ahí va la maleta... (*Se la echa a la calle y le saca a empujones sin atender las protestas del hombre.*) ¡Fuera de mi casa! ¡Desacreditar mi casa! ¡A la calle!...

CORC. (¡Gracias a Dios!) ¡Si no llego a saber alemán, cómo le pone a usted!

FEITO (*Va a la puerta.*) Gorrinen, cerdan... ¡furcien!

CORC. Oye, Feíto, no hables tú, que va a volver!...

GENER. ¡Menudo granuja!...

BLANC ¡Ay, pues si no llega usté a dominar el germano!

PAQUI. ¡Se mete con nuestra familia!

CORC. (*A Paquito.*) Otro apuro salvado.

GENER. Don Aníbal... señores...

ANIB. ¿Qué pasa?

GENER. Don Ovidio y compañeros que vienen a la consulta.

CORC. (¡Mi venerable abuela!)

ANIB. ¡Gracias a Dios!

BLANC ¡Que pasen, que pasen!

CORC. (¡Este apuro sí que es gordo!)

(Don Ovidio, don Plácido y don Serapio aparecen en la puerta, estirados y graves.)

FEITO ¡Qué serios!

CORC. Pues a mí no me ganan. Fíjate en mi cara. ¡Ni Cortezo! (*Pone una cara feroz de seria.*)

OVID. Señores... En nombre de mis doctos colegas, pido permiso para...

ANIB. Pasen, pasen...

LOS TRES Señoras, señores...

CORC. Mis queridos confraternales y sabios compañeros!... (*Les alarga la mano.*)

LOS TRES (*Reverencia. Le dejan con la mano en vilo.*) ¡Maestro!...

ANIB. (*Presentando.*) El médico de cabecera... los doctores Borrajo y Arroyo... El doctor Corcuera...

CORC. ¡Mi ayudante!

(Reverencia ridícula y estirada de Feito.)

PAQUI. Bueno, y una vez aquí reunidos... les diré que puesto que los cinco conocen el caso, no creo conveniente que el enfermo oiga...

CORC. (¡Granuja!)

PAQUI. Ahí se quedan ustedes y que su ciencia ilumine este caso clínico y salven la preciosa salud de mi tío.

OVID. Pondremos en ello el alma. Proclámelo.

PLAC. Definídalo.

SERAP. Grítelo.

CORC. Extentoréelo.

FEITO Verbi gracia.

BLANC. Pues nada, aquí se quedan. ¡Que Dios les ilumine.

ANIB. (*Se levanta.*) Y procedan sin titubeos; si hay que rajar, me rajan, si cortar, me cortan!... ¡Me entrego a ustedes!

CORC. (¡Cómo anima este señor!)

FEITO Vaya usté descansao, que se le cortará lo menos posible!

ANIB. Ahora, que si hay que operar, a mí no me opera nadie más que este hombre.

CORC. ¡Con mucho gusto, sí señor!.. ¡Feito y yo!

FEITO (¡Aquí nos la jugamos!) (*Vanse todos llorando y llevándose del brazo a don Aníbal.*)

(*Al quedarse solos, coge cada uno una silla y se sientan alrededor de Corcuera. Todos muy serios.*)

OVID. Maestro, con su licencia. Sentarse.

(*Se sientan los tres.*)

PLAC. (*Por Feito.*) ¡Pero ese compañero!...

(*Se levantan.*)

CORC. ¡Siéntate, Feito! (*Se sientan.*) ¡Pero esos señores!... (*Se sientan y se levantan.*)

CORC. (*Dice al fin.*) Ensillémonos todos y dehabatamos. (*Se sientan todos. Se miran, tosen, se arreglan las corbatas, se estiran los puños y quedan inmóviles como estatuas.*) Hable el decano. (*Don Ovidio se pone de pie. Feito se levanta.*) ¡Siéntate, hombre! (*Se sienta.*)

OVID. Compañeros.

FEITO ¿Qué?

CORC. Chits; tú calla y apunta a la cabeza... de este cuaderno cuanto yo te diga.

(*Feito se dispone a hacerlo.*)

OVID. Compañeros. La circunstancia de ser el médico de cabecera del paciente me obliga a hablar el primero aunque en el orden científico soy el último de todos vosotros. Bien conocéis el caso de que se trata; para mí, lo que le ocurre a don Aníbal, es que se encuentra en un caso de esteatosis o degeneración grasosa del riñón. Según Gallet...

CORC. ¿Ha dicho usted Gallet?
OVID. Gallet.
CORC. Apunta Gallet.
FEITO ¿Gallet con té?
CORC. Gallet, no está mal con té.
OVID. Según Gallet, en estos casos, el órgano aumenta de volumen, su cápsula se desprende con facilidad...
CORC. Apunta que se queda sin cápsulas...
OVID. La sintomatología es obscura y el pronóstico grave, porque la esteatosis produce la destrucción de los epitelios...
CORC. Poco a poco.
OVID. (*Como una fiera.*) ¿Que no produce la destrucción de los epitelios?
CORC. Sí, hombre, pero digo que la produce poco a poco...
OVID. Lentamente, es cierto.
CORC. (*Muy orondo.*) ¡Estás viendo cómo me tienen que dar la razón!...
OVID. Para mí el caso, por tanto, reclama intervención quirúrgica.
CORC. Apunta que le quiere sacar un riñón. Opine, Borrajo.
PLAC. (*Se levanta.*) Yo difiero, y bien sabe Dios cuánto lo lamento, si no en el diagnóstico, en el pronóstico de mi ilustre colega don Ovidio. Yo atribuyo la dolencia que sufre el paciente a uno o varios tubérculos que ocupan el parénquima renal y que se han corrido a los excretores.
CORC. Escritores.
PLAC. (*Rectificándole enérgicamente.*) Excretores.
CORC. Digo que escritores hay que opinan lo mismo que usted. (De poco me cuelo.) Siga.
PLAC. Y lo deduzco, porque he observado en el paciente que los productos caseosos...
CORC. Ga..., ga...

PLAC. Ca..., caseosos...

CORC. Ca, hombre, ca...

PLAC. ¿Que no?

CORC. Digo que sí, que ca..., caseosos... ¡Se lo digo a éste! (No te confundas con la limonada, Feito.) Prosiga, colega.

PLAC. Que los productos caseosos se vierten en la pelvis renal, por lo que diagnostico una pielonefritis que obliga a la intervención quirúrgica. Tal es mi opinión.

CORC. El compañero Arroyo tiene la palabra, y tratándose de Arroyo, huelga suplicarle que corra cuanto pueda.

SERAP. Seré breve. Queridos colegas, yo creo que en el orden de las neoplasias se trata aquí de una de estas tres cosas: de un mixoma, de un lipoma o de un fibroma...

CORC. ¿Tú qué opinas, Feito?

FEITO Pa mí que es muy posible que sea eso que ha dicho de broma.

SERAP. Fibroma.

FEITO Fi, fi...

CORC. Es posible. Siga.

SERAP. Para mí el caso es claro.

CORC. Pon: Arroyo, claro.

SERAP. Porque aunque Delfau y Lancereaux opinan que el fibroma se confunde con el cáncer encefaloides, yo opino que, si en el curso de las dolencias aparece la leucina, hay que descartar el angioma, que no tiene importancia clínica, para aceptar, aun en contra de las teorías de Bernard, Rollet, Girard y Simpson, que se trata de un viteoma o de un condroma adquiridos por la voracidad del enfermo que tiene el prurito de comer con exceso...

CORC. Y si tiene el prurito de comer con exceso, en vez de linfoma, mixoma o lipoma, ¿no será un melocoma?

FEITO ¡Pa mí que sí!

LOS TRES ¡Melocoma!

CORC. Melocoma, sí, señores; enfermedad descubierta el mes pasado por el sabio renólogo italiano doctor Strafurcis...

OVID. ¿Qué ha dicho?

PLAC. No he oído bien.

SERAP. Acabo, pues, votando como mis colegas, por la intervención quirúrgica. (*Se sienta.*)

CORC. Otro a sacarle un riñón. Apunta. (*Se levanta.*) Ahora voy yo. (*Tose; se estira los puños.*) Yo debía empezar, mis caros colegas, por desenvolveros las novísimas teorías renales del doctor La Broche... Los riñones, a La Broche, le han parecido siempre una cosa extraordinaria..., pero yo he de deciros con toda la sinceridad de que siento llena mi alma, que os he escuchado con asombro, ¡qué digo con asombro!, con estuperfacción, con una admiración rayana en el espanto. He rodado, señores, años y años por clínicas y hospitales, y ni a La Broche, ni a Strafurcis, ni a Simpson, ni a Rollet, ni a ningún maestro, le he oído expresarse con la sabiduría, con la ciencia que a vosotros... Sois tres sabios eminentes, gloriosos, hundidos y obscurecidos en la humildad de unos pueblos insignificantes, y eso no puede ser, y no será. ¡Yo os juro que entraréis los tres por mi propuesta en la Real Academia de Medicina Española!

LOS TRES ¡Maestro!... (*Se levantan emocionados.*)

CORC. ¡Sí, lo digo sin orgullo!... Me encuentro achicado frente a vosotros... Sí, Feito, soy un pigmeo ante estos gloriosos cerebelos... y yo aquí no tengo nada que hacer, ni Feito tampoco...

FEITO ¡Tampoco!

CORC. Y puesto que opináis que se opere al paciente, vosotros le operaréis.. Nosotros no hacemos falta ninguna.

FEITO Para nada.

CORC. ¡Y es tal mi fe en vuestra sabiduría, que no quiero ni presenciar la operación!

FEITO Ni yo tampoco.

CORC. ¿Puede darse mayor prueba de admiración y confianza? Y como término de esta consulta memorable, acabaré gritando: ¡Loor a los humildes, pero gloriosos sabios de Temerón de Abajo, de Cascarón de Arriba... y de Fuentecilla de Enmedio!

LOS TRES ¡Maestro!...

CORC. ¡A mis brazos!... (*Se abrazan efusivamente.*)

PLAC. ¡Es usted un verdadero sabio!

OVID. ¡Qué eminencia!

SERAP. ¡Es una gloria nacional!

OVID. Pues ahora entremos a reconocer por última vez al enfermo, para no retardar la operación. Esta mañana temprano ordené que trajeran lo necesario, y ahí en el cuarto de Paquito está..

CORC. ¡Vamos a la última palpación!

FEITO ¡Viva la ciencia española!

TODOS ¡¡Viva!! (*Vánse.*)

FEITO (*Aparte.*) ¡Es usted el primer cerebro de España!

CORC. (*Con énfasis.*) ¡Ramón y Cajal, un ñánaro!... (*Les siguen. Salen Fany y Paquito por la derecha.*)

FANY (*Molesta.*) Pero ¿qué empeño tienes en apartarme de tu tío?

PAQUI. ¡Como que le van a reconocer!

FANY ¿Y qué? ¿No soy su sobrina?

PAQUI. ¡Lo que eres es un parche poroso! No te despegas de él ni a tirones. Además, te he

obligado a salir porque necesito que hablemos a solas.

FANY ¿Ah, si? Pues por mí, cuando quieras. *(Se deja caer indolentemente en una butaquita y cruza una pierna sobre otra.)*

PAQUI. (*En tono grave.*) Esto no puede continuar, Fany; ni tus modales, ni tus actitudes, ni tu comportamiento, favorecen en nada mi papel de marido. Ya te supliqué durante el viaje que olvidases ese modo de ser tuyo a la «bon viván», y perdona el cambio de lengua, que aparecieses a los ojos de todos como una mujercita, tímida, sosa, hasta pavona inclusive.

FANY ¿Yo pavona?

PAQUI. Tú, pavona.

FANY Bueno, ¿me dejas que encienda un egipcio?

PAQUI. (*En serio.*) No, señor, pueden verte, y tú no sabes qué idea tienen en este pueblo de las mujeres que fuman.

FANY (*Resignada.*) Está bien, no fumaré.

PAQUI. Y además hazme el favor de bajar esa pierna.

FANY ¿También molesta que cruce una pierna sobre otra?

PAQUI. A los demás, lo que les molesta, es que no las cruces más todavía, pero a mí mu pones en un ridículo espantoso. Desde que has llegado, todos los huéspedes usan prismáticos, y no será por los panoramas que hay aquí.

FANY (*Bajando las piernas.*) Está bien, ¿qué más quieres?

PAQUI. Quiero que en vez de pedir «cotels» o ajenjo, o cuantrós, pidas tila o manzanilla, o yerba luisa...

FANY ¿Y qué más?

PAQUI. Quiero que, por lo que más quieras, conten-

gas tus aficiones perrunas. Se ha corrido la voz por el pueblo de tu exagerada afición a ellos, y todo el que tiene perros te los va a traer, y el que no los tiene, va a cambiar. Además, esta mañana el perro de aquí no hacía más que subir y bajar las escaleras, tanto que el dueño creyó que estaba hidrófobo, y lo que estaba es contando los escalones.

FANY Está bien, Paquito, está bien; me contendré. ¿Es eso todo? (*Vuelve a cruzar las piernas.*)

PAQUI. Aún queda lo más importante: quiero que con habilidad, como cosa tuya, ¿me entiendes?, convenzas a mi tío de que no haga ese testamento que piensa hacer; dile que tú estás más contenta en que legue a mi favor y sólo a mi favor todo..., al fin y al cabo soy el hombre...

FANY (*Con desenfado.*) ¿Ves tú? Eso si que no va a poder ser.

PAQUI. (*Alarmado.*) ¿Qué dices, Fany?

FANY Lo que oyes, Paquito; que la voluntad de un testador es sagrada; que tu tío tiene una de fanegas de tierra y una de papel amortizable que no se lo salta un mono...

PAQUI ¿Y todo eso?...

FANY Todo eso... pudiera ser la solución del problema de mi vida, porque tú, a pesar del juramento que me has hecho, te levantas un día de mal humor y me das la patada de Charlot y, ¿qué hago yo sola en el mundo, sin una mano que me sostenga, sin un tío y sin un perro?, porque sabe Dios lo que habrá hecho Gimenof con los pobrecitos; seguramente los habrá acribillado a balazos.

PAQUI. (*Con pavor.*) No me hables de tu tío, te lo suplico, sólo de oirte pronunciar su nombre me entra un pánico... ¡Si hubiese adivinado

que estamos aquí!... ¡¡Si viniese!!... ¡Si se presentase!... Se descubriría todo..., y no quiero pensar el conflicto... Por eso, lo mejor es solucionarlo todo lo antes posible y salir de aquí a escape.

FANY — (*Levantándose y llegándose hasta él.*) Y dónde vamos a ir que no nos siga este temor?... Porque yo, Paco, te lo confieso (*Abrazándose a él.*) tengo miedo, mucho miedo.

PAQUI — Como yo.

FANY — Me parece que lo voy a ver aparecer de repente...

PAQUI — ¡Como yo!

FANY — Y que implacable en su venganza, nos apunta y nos tira.

PAQUI — Y nos dá...

CORC. — (*Que ha salido un momento antes, al verlos abrazados, grita dando una palmada.*) ¡Bravo!

LOS DOS — (*Dando un grito de terror.*) ¡Ah!

CORC. — ¡No asustarse!

PAQUI — ¿De dónde sales?

CORC. — He dejado a Feito palpando a tu tío.

PAQUI — ¿Y han acordado operarle?

CORC. — Sí; peros ellos. Yo he hecho un quite como para una ovación clamorosa.

FANY — ¡Tu tía sale!...

PAQUI — ¡Es verdad! Ahi te quedas con ella. Te busca a ti. Nos dijo que quería hablarte a solas. Yo voy aquí a mi habitación con ésta. Necesito arreglar eso del testamento. (*Vanse.*)

CORC. — ¡Hablarme a mí a solas esta señora! ¡Qué anhelará!... ¡Es una señora que me emociona! ¡Creo que tiene tres millones! ¡Corcuera, ánimo!... ¡Si yo me atreviese!

BLAN. — (*Por la izquierda.*) Doctor, doctor...

CORC. — ¡Blanquita!...

BLAN. Perdone que abuse de su bondad.

CORC. Usted con mi bondad se alfombra el gabinete si quiere.

BLAN. ¡Oh, doctor!

CORC. Ni más ni menos. Me holla y me glorifica, ordéneme.

BLAN. Doctor, una palabra sincera. ¿Mi hermano se salvará?

CORC. Qué duda tiene. ¿A qué he venido yo aquí?

BLAN. No tengo otro amor en el mundo. ¡Cómo quedaría mi alma! ¡Le veo tan enfermo!

CORC. ¡Señora, don Aníbal está hecho harina; pero dele usted como salvado. Yo se lo fío.

BLAN. ¡Ah, doctor, gracias, gracias por sus nobles palabras.

CORC. Ahora que lo que no me explico es que una mujer como usted no haya tenido otro amor en este mundo.

BLAN. Pues así es. No vivo para mi época. Comprendo que mi honestidad es excesiva. Del tobillo para arriba, de la epiglotis para abajo, ningún hombre vió jamás un solo centimetro de mi carne pecadora.

CORC. Y le llama usted pecadora a una carne... *(Le levanta las mangas y le golpea el brazo desnudo.)* nacarina, sí, nacarina, que el amor fraternal consume en un sacrificio obscuro y martirizante... ¡Oh, no, Blanca, no!

BLAN. ¡Doctor!

CORC. Usté debe amar, Blanquita.

BLAN. Ya no es posible, Amable. Estoy en el atardecer de mi vida.

CORC. ¿Cómo en el atardecer?... ¡Usté está en las cuatro y media o en las cinco menos cuarto todo lo más!

BLAN. ¿Cree usted?

CORC. ¡A una mujer que tiene esos ojos no se le pone nunca el sol!

BLAN. ¡Oh, Corcuera, qué frases más dulces.

CORC. ¡Y corra usté el piropo a ver si hay quien lo mejore!

BLAN. ¡Por Dios, calle, doctor, calle!... Oyendo sus frases me siento tan emocionada, tan conmovida... que no sé si perderé el conocimiento!

CORC. ¡Piérdalo si quiere... que caerá en blando!

BLAN. ¡Oh!

CORC. Usté dispone de mis brazos como de una hamaca...

BLAN. Perdone una indiscreción, doctor.

CORC. Profiérala.

BLAN. ¿Usted es casado, doctor?

CORC. ¡No, Blanca, no... yo soy libre! ¡Libre como un automóvil en el punto!... Llevo en la frente la franja azul de la ilusión y junto al pecho la banderita de libre... Soy como un taxi de ochenta, ansioso de correr; y si un día el amor quiere cobijarme en mi *limusín*, abriré la portezuela, y a peseta kilómetro, a volar por el mundo hasta que se me caiga la matrícula o me toque el pito un guardia de porra. ¡Ese soy yo! ¡Ah, si me amase una mujer como usted!

BLAN. ¡Ah, doctor, es usté un hombre inquietante, adormecedor, peligroso... Sí, sí... peligroso!

CORC. ¿Peligroso, por qué?...

BLAN. Nunca he sentido lo que siento ahora y sentiría...

CORC. ¡Oh, Blanca... no sé—usté perdone—qué interna corriente nos anuda. Una extraña simpatía me extremeció al verla. Usté es la mujer que yo soñaba... Sí, Blanca, sí!

BLAN. ¡Doctor!

CORA. Sí... ¡y puesto que la he encontrado, yo ya no la pierdo, yo ya no quiero vivir sin Blanca! (*La abraza.*)

BLAN. ¡Por Dios, Amable!

CORC. No, no vivo sin Blanca... porque usté... usté es riquísima.

BLAN. No... poseo un pequeño capital... nunca tan fabuloso como los de Madrid... Capital de provincia. ¿Y el suyo, es cuantioso?

CORC. El mío no es ni de cabeza de partido; pero no era esa riqueza a la que yo me refería... ¡qué me importa a mí el dinero!... ¡yo busco el amor, el amor puro!... Deme usté, Blanquita, una sola esperanza y aguardaré tranquilo... su vetusta resolución!

BLAN. Mire usté, Amable; es decir, Amable, Amabilísimo. Mi hermano no tiene más que dos afecciones: la renal y la mía; yo también le adoro... sálvelo usted y a cambio de su vida... ¡mi corazón!

CORC. ¡Te he dicho que lo salvo, Blanca, y lo salvo!

BLAN. ¡Me hablas de tú!

CORC. Te hablo de tú, por no hablarte de ti... ¡Blanca mía! (*La abraza.*)

BLAN. ¡Por Dios!... (*Oculta la cabeza entre las manos.)*

CORC. Y espero verte, con melena corta, falda exigua, escote amplio y brazo ebúrneo, ¿te veré?

BLAN. Me verás. ¡Adiós!

CORC. Un beso...

BLAN. No...

CORC. Sí... (*Lucha y se lo da.*)

BLAN. ¡Me lo diste!...

CORC. Dítelo!...

BLAN. ¡Qué vergüenza! (*Vase.*)

CORC. ¡Qué poca vergüenza... Bueno, soy el tío más canalla que ha nacido!... ¡Cómo juego con la Historia de España! ¡He convertido a doña Blanca de Navarra en doña Juana la Loca... o por lo menos la atarambanada! ¡Es

fea, pero con tres millones! ¡Yo con tres millones!... ¡Ah, no sueñes, Corcuera, no sueñes!!

FEITO (*Por el foro izquierda.*) ¡Maestro!

CORC. ¿Qué has palpado?

FEITO Bueno, hacerme sobar a mí a un anciano es pa granjearse mi enesmitad eterna!

CORC. Añadiré otras dos mil pesetas... a las que te adeudo. ¿Y qué le has hecho al paciente?

FEITO Pues le debo haber hecho la mar de cosquillas, porque había que verlo retorcerse... Dice que no quiere que le toque nadie más que yo!

CORC. ¡Pues lo mismo me ha dicho a mí su hermana!

FEITO ¿Cómo?

CORC. Lo que oyes.

FEITO ¿Pero es que...? ¿La ha auscultado usté?

CORC. ¡La tengo en tratamiento!

FEITO ¡Y que l'ha encontrao usté!

CORC. ¡Tres millones, Feito!

FEITO Pa morirse.

CORC. ¡De gusto!...

FEITO Salen.

CORC. Ya te hablaré.

(*Doña Blanca, Fany, Paquito, don Ovidio, don Plácido y don Serapio, salen por el foro izquierda.*)

BLAN. ¡De modo que la operación es indispensable!

OVID. No hay más remedio.

PAQUI. ¿Y por qué opera usted?

OVID. ¡Tal confianza me hizo el sabio maestro!

CORC. Muy merecida.

SERAP. Pues no hay tiempo que perder. Vamos a prepararnos.

PAQUI. El *trusó* está dispuesto. Pasen a ese cuarto.

CORC. ¡Tú darás el cloroformo, Feito!

FEITO Yo le doy el cloroformo a este señor y él

verá lo que hace... (*Pasan los doctores a uno de los cuartos.*)

BLAN. ¡Ay, Fany!...

FANY ¿Qué le pasa a usted, tía?

BLAN. ¡Ay, yo no sé!... Me combaten tan encontradas emociones... De un lado, el peligro de Aníbal...; de otro, la confianza en el doctor Corcuera...; de otro..., ¡ay!

PAQUI. ¡Pero no llore usted, tía, por Dios!... ¡Yo espero que todo se arregle, para que me den ustedes los veinte mil duros que necesito para instalarme con Fany de un modo decoroso en cuanto me doctore!

BLAN. ¡Ay, sí, hijo, sí... Todo te lo mereces por haber traído a ese hombre! ¡Qué hombre tan simpático!

FANY El momento se acerca.

PAQUI. ¡Ya salen los doctores!

BLAN. ¡Qué imponente es el acto! (*Salen los cinco con blusas y gorros de operar. A Feito la blusa le está larga y el gorro grande. Se pisa cuando anda.*)

CORC. Ya estamos dispuestos.

BLAN. Doctor, por última vez... ¿le salvará usté?

CORC. ¡Si nos ve y no se muere... no lo parte un rayo! Feito, ¡que te pisas!

FEITO Bueno, pero yo no le doy el opio.

CORC. ¡Cloroformo!

FEITO Lo que sea...

FANY ¿Es mucho el peligro, doctor?

CORC. En más peligro está éste que se va a dejar el cráneo en una columna.

PLAC. Entremos.

CORC. Y ahora nosotros a operar... Ustedes a rezar. (*Van a pasar uno tras otro.*)

(*Se oye un gran escándalo; gritos, tumulto, dos tiros, ayes, ladridos de perros...*)

GENER. (*Saliendo.*) ¿Qué es, qué pasa?

TODOS (*Yendo hacia la puerta.*) ¿Qué sucede?

HILAR. (*Entrando.*) Pues un señor que ha bajado de un automóvil, preguntando por el Hotel y pegando tiros. (*Sigue creciendo el escándalo.*) ¡Dice que va a matar a cuatro!

CORC. ¿Quién será?

PAQUI. ¡Cielos!... ¡¡tu tío!!... ¡¡tu tío!!...

FANY ¡Virgen santa!

CORC. ¡Gimenof!

PAQUI. ¡Y disparado!... ¡Sálvese el que pueda!

FANY ¡Socorro!

ANIB. (*Saliendo en cuerpo de camisa.*) ¿Qué pasa?

CORC. ¡Un loco!... ¡que se ha escapado un loco!

GIMEN. (*Entra disparando tiros y con cinco perros atados a una cuerda.*) ¡Canallas, miserables, bandidos! ¡¡Vais a morir!! ¡Ya dí con vosotros! ¡¡Moriréis!!

(*Confusión, escándalo, todos corren, las mujeres chillan, los médicos, con las blusas, dan saltos y carreras, los perros ladran. Feito huye pisándose la blusa y dando alaridos, y Corcuera grita detrás de una columna.*)

CORC. ¡¡Que me confunda con el cocinero del Hotel, y me salvo!!

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo. Son las nueve de la mañana del día siguiente a aquel en que ocurren los sucesos del acto anterior.

—

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. A poco se oye que arrastran algunos muebles tras la puerta de la habitación primera de la izquierda y que alguien da vuelta a la llave de la cerradura; dicha puerta se va abriendo lentamente hasta dejar el espacio preciso para que asome la cabeza Corcuera con los pelos revueltos y los ojos extraviados.

CORC. (*Con terror y en voz baja.*) Ca... camama... rera... (*Pausa.*) ¡Qué silencio tan trágico!... (*Pausa.*) Camama... Camamarera... ¿No se oye nada?... ¿verdá?

FEITO (*Que asoma la cabeza por la parte inferior de la misma puerta.*) ¡Rian!

CORC. ¡Feito!

FEITO ¡Don Amable!

CORC. No me hables en francés que estoy muy nervioso desde la tragedia de ayer.

FEITO A mí me salen chispas.

CORC. ¿Viste el bestia de Gimenof?

FEITO ¡Vaya una de tiros!... ¡Qué hombre!

CORC. ¡Aquello no era hombre, aquello era una traca!

FEITO Pues yo estoy que desvarío, no sólo de miedo sino de hambre.

CORC. Y yo.

FEITO Ayer sin super, hoy sin dejuner.

CORC. Feito.

FEITO Don Amable.

CORC. ¡No me hables en la lengua de Molier, que te muerdo la lengua!... Que estoy muy nervioso!

FEITO Don Amable, ¿cómo haríamos para que nos trajeran el chocolate?

CORC. No sé. Se conoce que una bala dió en el cajetín de la electricidad y los timbres no suenan; por eso me he asomado a llamar a la camarera de viva voz.

FEITO Pero ya ve usté cómo no contesta.

CORC. ¿Por qué no imitas tú el timbre con la lengua?

FEITO Yo lo imitaré, ¿pero cómo sabe la camarera el número del cuarto desde el que llaman?

CORC. Tú imita, que ya verás.

FEITO Allá voy. (*Imitando un timbre.*) Rurrrrrrr...

CORC. (*Con voz de falseta.*) ¡El siete!... (*Se esconden los dos.*)

FEITO (*Vuelve a asomarse.*) ¡Nada!... Rurrrrrr...

CORC. Calla que no nos oyen. Estoy viendo que el dejuner pur le chat. ¿Me has entendido?

FEITO ¡Sí, señor, que el desayuno pal gato! ¿Quiere usté que me alargue hasta el comedor y lo pida? (*Salen con precaución.*)

CORC. ¿Pero tú crees que no andará todavía por ahí el bestia ese?

FEITO No estoy seguro, pero yo creo que se lo llevaron.

CORC. ¡Ay, Feito, qué tragedia más inesperada!

FEITO Yo no he podido pegar los ojos en toda la noche.

CORC. Pues yo, unos minutos que me quedé traspuesto, no oía más que tiros por todas partes, ladridos de perros, ayes augustiosos, y la voz del doctor Borrajo, gritando a su compañero: «Corre, Arroyo, que te dejan seco!...»

FEITO Yo, como los tiros sonaban, los perros ladraban y los doctores aullaban... oí que pasaban tres balas silbando, y dije: esto es «La Montería»!...

CORC. Pues para mí lo más terrible fué que uno de los perros se me abalanzó, y como era un perro calculador, empezó a calcular dónde me haría más daño y me tiró un mordisco en...

FEITO ¿En dónde?

CORC. Basta que te diga que si me convidas al teatro no me compres butaca, porque es inútil. ¡Y aparecer ese canalla cuando yo ya lo tenía todo casi resuelto!

FEITO Nada, que nos ha hecho dominó con el seis doble.

CORC. ¡Y yo que ya iba a hacer mi jugada con una blanca! ¡malhaya sea!

FEITO Calle, que alguién se acerca.

CORC. Adentro. (*Se ocultan en su cuarto.*)

GENER. (*Por el foro.*) Bueno, yo he oído hablar del combate del Callao, y el combate del Callao fué el de un sordomudo comparao con lo que pasó aquí. ¿Quién será ese energúmeno que se presentó a agujerearme el hotel de aquella manera?...

FANY (*Asomándose por la segunda izquierda.*) ¡Don Generoso!...

GENER. ¿Quién?

FANY Soy yo.

GENER. ¿Es usté, señorita Fany?

FANY Me asomo porque los timbres no suenan.

GENER. Es que una bala corto un hilo.

FANY Ya lo suponía. Diga usté, don Generoso, ¿qué ha sido de mi marido que no ha vuelto en toda la noche?

GENER. ¿Pero por qué no sale usté aquí y hablaremos?

FANY No puedo. Estoy en pijama.

GENER. Por mí no le importe a usté, que yo no sé lo que es eso.

FANY ¡Pues nada que voy en traje de hombre!

GENER. ¡Pues lo mismo voy yo y no me da vergüenza!

FANY (*Saliendo en pijama.*) Entonces, dígame, amigo Generoso, que estoy que chillo de impaciencia, ¿que ha sido de mi marido?

GENER. Pues le diré a usté: a don Paquito, a la media hora próximamente del suceso, nos lo encontramos en el desván medio desvanecido, liao en un rollo de esteras y gritando: «¡No decirle dónde estoy, que m'hace blanco!»... Lo cual, que yo le ví con un miedo que yo dije: pues más blanco que es, ya no sé... y le desesteramos y le dimos tila.

FANY Es que usté no sabe qué clase de hombre es el que llegó ayer.

GENER. ¿Usté le conoce?

FANY ¡Más de lo que quisiera!

GENER. Pues ya sabrá usté, que como el doctor Corcuera empezó a gritar: «Que lo aten, que es un cliente loco»... Vino el aguacil y unos mozos, lo amarraron cuando se quedó sin cápsulas y se lo llevaron al hospital atao en una escalera.

FANY ¡Qué horror! (¡Madre mía, en cuánto lo suelten!) ¿Y los perros, qué ha sido de ellos?

GENER. Pues uno se metió en el escritorio y empezó a morderme el libro mayor...

FANY (¡El contable!) ¿Y los otros?

GENER. Pues lo otros empezaron a repartir mordiscos, pero con una exactitud..., ¡tres a cada uno!...

FANY (¡No se equivocan nunca, animalitos!)

GENER. Por fín pudimos atarlos y se los llevaron...

FANY ¿Al hospital también?

GENER. No, señora, a la Sucursal del Banco; no consintieron que los llevasen a otro lao.

FANY (¡Ay, qué ricos!)

GENER. Bueno. ¿Y usté qué deseaba, que cuando venga su marido se le avise? Pues esté usté descuidada.

FANY Muchas gracias. Pero calle usted, alguien sale. No quiero que me vean así. *(Se oculta. Generoso medio se oculta también. Salen Corcuera y Feito.)*

CORC. (*A Feito.*) Anda, no hay nadie. Te alargas hasta el comedor y pides el chocolate, que yo es que me muero de inanición, Feito.

FEITO Oiga usté, ¿y si me dispara ese bestia? Porque como yo oiga un disparo, es que me da un ataque al corazón, don Amable...

CORC. ¡No seas tan *pusilánime*, hombre!

FEITO Allá voy.

CORC. ¡Ah, oye, mi chocolate pídelo con dos medias!

FEITO ¡No crea usté que voy a pedir yo el mío con calcetines!...

GENER. Son los doctores; deben querer el desayuno. Voy a llamar a la Manuela. (*Da una palmada fuerte.*)

FEITO (*Cayéndose al suelo del susto.*) ¡¡Mi madre!!

CORC. (*Aterrado.*) ¿Dónde te ha dado? (*Le coge.)*

GENER. No se asusten ustedes, que he sido yo. (*Los dos le miran con odio.*)

FEITO ¡Mi agüela!... Bueno, no le doy a usté recuerdos pa su familia, porque no la trato.

CORC. Pero el susto que nos ha dado usté es pa ponerla una postal con toda clase de expresiones... ¡qué ladrón!

GENER. Hombre, disimulen ustedes... Bueno, ¿ustedes qué quieren?

FEITO Pues íbamos a pedir chocolate.

GENER. (*Llamando.*) ¡Manuela!

MANUE. (*Saliendo.*) Mande usté.

GENER. Traete dos chocolates con medias para el doctor y su ayudante.

CORC. Pues tantas gracias, amigo Generoso...

GENER. Ya se los entrarán al cuarto. ¿Cómo les gustan a ustedes, a la española o a la francesa?

FEITO A la francesa.

GENER. ¿En jícara o en taza?

CORC. (*Entrando.*) En sopera. (*Hacen mutis al cuarto; apenas lo han hecho, entra doña Hilaria.*)

HILA. (*Saliendo por el foro derecha.*) Buenos días.

GENER. ¿Cómo usté tan temprano, amiga doña Hilaria?

HILA. Pues ya pué usté suponérselo, hijo, que vengo a saber qué vientos corren desde la revolución de ayer.

GENER. No m'hable usté, ¡qué espectáculo!

HILA. Un espectáculo que si se anuncia hay que poner trenes baratos.

GENER. Y de los médicos, ¿han sabío ustés algo en la farmacia?

HILA. Pues creo que don Ovidio está en cama y quizás no se levante hoy, porque apenas oye un ruido u siente ladrar un perro, se mete en el armario de luna y no hay quien lo saque.

GENER. No es pa menos.

HILA. Al causante de tóo, lo tienen en el hospital. Mi hermano ha ido a verlo... pero a verlo por una reja.

GENER. ¿Y qué dice?

HILA. Dice que es un loco y que no hace más que gritar: «¡Son unos farsantes!... ¡morirán a mis manos!... ¡que venga el Juez!»

GENER. ¿Y ha ido el juez?

HILA. El juez dice que como no se lo anestesien él no entra en su cuarto.

GENER. Pues don Anibal sí que ha ido a verlo.

HILA. Ya lo sé... ¡qué valor de hombre!

GENER. Ahí tié usté, con lo enfermo que está.

HILA. ¿Y doña Blanca?... ¿qué ha sido de doña Blanca?

GENER. A esa no l'ha hecho efecto nada; está como si tal cosa.

HILA. ¡Qué raro!

GENER. De tal manera, que anoche, después del jaleo, tuvo hasta muy tarde a la modista en su cuarto, y hace un momento que s'acaba de ir el peluquero

HILA. ¡El peluquero! ¿Habrá hecho promesa de pelarse al rape?

GENER. ¡Qué sé yo!

HILA. Pues si está sola voy a charlar con ella un rato... a ver si averiguo la causa de lo ocurrio...

GENER. Sola está, pase usté si quiere. Y tóo lo que averigüe usté...

HILA. A medias.

GENER. Bueno.

HILA. Hasta luego. (*Pasa al cuarto de Blanca. Generoso vase foro.*)

MANUE. (*Con los servicios en una bandeja. Se acerca al cuarto de Corcuera y llama.*) Señor doctor... señor doctor... don Corcuera...

CORC. (*Dentro.*) ¿Quién va?

MANUE. Soy yo... la Manuela... la camarera...

CORC. ¿Vienes sola?

MANUE. Con el desayuno, que han pedío ustés.

CORC. ¿Hay alguien ahí fuera?

MANUE. Naide.

CORC. Pues esperaide. (*Se oye retirar muebles arrastrándolos y desechar la llave.*)

MANUE. ¡Atiza!... ¡se habían atrincherao!

CORC. *(Saliendo.)* ¿Qué nos traes, bella Manuela?

MANUE. Pues los chocolates con las medias que han pedío ustés.

FEITO A ver esas medias. (*Las mira.*) Maestro, creo que estas medias no son para nosotros Las encuentro muy finas.

CORC. A ver. *(Las mira.)* Demasiado transparentes.

FEITO Debía darle vergüenza a una camarera como tú llevar estas medias a ningún cuarto.

MANUE. Pues a mí m'ha dicho un viajante que medias como las nuestras ni en Madrid

FEITO Pordona: en Madrid hay una casa que tiene fama.

CORC. La Casa de las medias. Y me choca a mí que un viajante lo ignore.

FEITO Bueno, Manolita; y a ti el tiroteo de ayer, ¿qué efecto te hizo, rica?

MANUE. ¡Ay, calle usté, por Dios, que no he podío cerrar los ojos en toa la santa noche!... Del susto m'ha quedao un temblor... que no pueo respirar...

CORC. ¿Por qué?

MANUE. Qué sé yo... ¡tengo una cosa en el pecho!...

CORC. ¿Una nada más?

FEITO El susto fué para adquirir una verdadera cardiaquez.

MANUE. ¡Como que misté el temblor! (*Le alarga la mano.*)

CORC. ¿A ver el pulso? ¡Saltarincillo!... (*La pasa la mano por el brazo desnudo.)* En la piel parece que la encuentro un poco de aponeurosis... toca y verás...

FEITO La tiene bastante finolis.

CORC. Finolis y suavis. A esta chica hay que auscultarla, no sea que la vaya a pasar algo.

MANUE. ¿Es que me encuentran ustedes algo malo?

CORC. No, no, quiá, hija; pero vamos, conviene que... Siéntate a ver... (*Se sienta.*) Descúbrete un poco la región dorsial, que te voy oir. (*Se pone a auscultarla.*)

MANUE. Pero oiga usté, es que...

CORC. Cállate, que te voy a oir.

MANUE. Pero si me callo, ¿cómo me va usté a oir?

CORC. Los sonidos cardiacales y pulmonales... ¿sabes que tienes una región...? (que es pa quedarse a vivir).

MANUE. ¿Qué oye usté?

CORC. Calla a ver. Tic tac, tic tac, tic tac...

FEITO ¿Quiere usté que oiga yo por el otro lao no sea que pierda usté algún sonido?

CORC. Bueno, sí, sí, escucha a ver... Mientras yo la percutaré... (*Le pone la mano en el pecho y lo golpea con el índice de una mano sobre los dedos de la otra.*) ¿Qué sientes?

MANUE. Que el señor me hace cosquillas.

FEITO Bueno, pero son cosquillas patológicas.

CORC. (*Con indignación.*) ¡Feito, no prostituyas la ciencia, que te voy a traumatizar la región nasal!.. ¡Escucha y calla! (*Cada uno en un sitio.*)

PAQUI. (*Entra y ve a Corcuera con el oido pegado al pecho de Manuela, y Feito en la espalda.*) ¡Qué hacen esos granujas!

MANUE. Bueno, me parece que me están ustedes oyendo demasiado.

PAQUI. (*Alto.*) ¡Al que van a oir estos sinvergüenzas, es a mí! ¿Qué estáis haciendo?

CORC. (*Azorados.*) Pues nada, esta cliente que se quejaba de una ligera estomatosis afónica y furuncular.

FEITO Y espaldar... y por eso...

PAQUI. Retírese usté, Manuela.

MANUE. ¿Pero no tendré que tomar nada?

PAQUI. La puerta, tome la puerta y a la cocina, haga el favor. Bueno, parece mentira, que estando en la situación que estamos, tengáis valor para cometer la villanía de aprovecharse de una débil mujer...

CORC. ¿Débil? Cómo se conoce que no te has fijao en la región furuncular...

FEITO ¿Débil? ¡con cada... latido que tira de espaldas!

PAQUI. Pero vuestra frescura es inaudita. Hoy, os sorprendo con esta desgraciada... ayer os sorprendí, tú, auscultando a la planchadora.. éste a la lavandera...

CORC. Qué quieres, Paquito, que hemos puesto una consulta gratis para los pobres... No sé qué tiene eso de reprochable... Todas las eminencias... lo hacen.

PAQUI. Bueno, basta de tonterías y vamos a lo que ocurre que es de lo más trágico que puedan ustedes figurarse.

CORC. Caray, Paquito, hijo, no me apures que voy o tomar chocolate y me vas a poner la media en todo lo alto.

PAQUI. Esperad, que quiero que también se entere Fany de lo qne sucede. (*Llamando.*) ¡Fany, Fany!...

FANY ¿Eres tú, Paquito.

PAQUI. Sí, sal a escape.

FANY No puedo.

PAQUI. ¿Por qué?

FANY Estoy en pijama.

PAQUI. Vamos, sal, mujer.

FANY ¿Pero no comprendes que está feo?

CORC. Está Feito nada más.

FANY ¿Qué?

CORC. Que Feito y yo, que no le importe a usted, que somos de confianza.

PAQUI. Anda, mujer, sal, que la ocasión no es para repulgos.

FANY (*Saliendo.*) ¿Pues qué ocurre?

PAQUI. Para que imaginéis la magnitud de la catástrofe, sólo os diré que mi tío está en el Hospital, donde encerraron a Gimenof, hablando con él.

FANY ¡¡Cielos!!

CORC. ¿Pero después de mi diagnóstico de locura furiosa se ha atrevido don Anibal a ponerse a su alcance?

PAQUI. Mi tío ha mandado que se lo aten y está conferenciando... Y me temo que en cuanto se entere de todo venga y nos encienda el pelo.

FEITO ¿A qué hora sale el mixto?

CORC. ¡Calla, animal!... ¡Estás oyendo que nos va a encender el pelo y hablas de mixtos!

PAQUI. Excuso deciros lo que le estará diciendo: que yo soy lo que soy, que éste es lo que es, que tú eres...

CORC. ¡Yo soy uno que se va!

FEITO Y yo soy otro. ¿A qué hora sale el mixto?

PAQUI. (*Cogiéndolo.*) ¿Cómo que te vas?...

CORC. Sí, Paquito, sí; me has metido en cuarenta líos y he podido salir de ellos, pero este último es superior a mis escasas fuerzas.

PAQUI. Es decir, ¡ingrato!... ¡que me abandonas!... ¡que te rindes a la fatalidad!... sin comprender que si no me solucionas esto, sobreviene mi ruina, y que la ruina es el suicidio y la muerte y... (*Llora.*)

CORC. No llores, Paquito..., que me vas a convencer y...

FANY ¡Por Dios, sálvenos usted, señor Corcuera, que si no perdemos la herencia.

PAQUI. ¿No comprendes que si mi tío me abandona tendré que trabajar?... ¡Trabajar a mis años!.. ¡Sería espantoso, Corcuera!... ¡No me pongas en ese trance terrible!

FANY ¡Sálvenos usted!

CORC. ¿Pero cómo?

PAQUI. ¡Aquí de tu inventiva, de tu ingenio, de tu simpatía...

CORC. ¡Calla!... Sólo hay un medio de salvación... Feito.

FEITO ¡No, quiá! (*Conociendo la intención.*) Este medio se va, pero que enterito!

CORC. Feito, cálmate y añade otras dos mil pesetas... a las doscientas setenta y ocho mil que te debemos...

FEITO No, señor, gracias... Yo, con tal de no ponerme delante del señor Gimenof, le devuelvo a usted las doscientas setenta y ocho mil pesetas de la cuenta y seis reales míos...

CORC. ¿Y renuncias a esa fortuna?

FEITO ¡Pero pa qué quiero yo esa fortuna, si en cuanto me agarre Gimenof ya no necesito yo mas que cuarenta y cinco pesetas pa una corona!...

PAQUI. Chits... callarse ahora, que viene gente.

CORC. Pues internémonos ahí, y dentro decidiremos lo que se ha de hacer.

PAQUI. Sí; es lo mejor. (*Hacen mutis los tres por la primera izquierda.*)

(*Apenas lo han hecho, por el foro derecha sale Hilaria, seguida de doña Blanca, que sacará el pelo ondulado; blusa con escote pronunciado, falda corta, etc., etc., que resulte un tipo cómico sin gran exageración, colgando de la muñeca un bolso de moda.*)

HILAR. ¡Monisima, lo que se dice monísima!

BLAN. Y muy *come il fo*, ¿verdad?

HILAR. ¡Muy come! Tan come que está usté para comérsela.

BLAN. ¡Por Dios, Hilaria!

HILAR. Se ha quitado usted de encima un puñado de años...

BLAN. Pues todo ha sido idea de ese médico, de ese hombre tan simpático.

HILAR. ¿Ah, sí?

BLAN. Me dijo que tenía atavismo.

HILAR. ¿Y qué es eso?

BLAN. Exceso de ropa... Me habló en nombre de la higiene... en nombre del progreso... le di mi palabra y... ¡claro que me siento un poco avergonzada!...

HILAR. ¿Pero se sentirá usted mejor?

BLAN. Eso sí, me siento mucho más ágil y sobre todo mucho más fresca...

HILAR. ¡Qué prodigio de hombre! ¿Y es libre?

BLAN. Libre, como un taxis, el alquila en alto y el contador a cero.

HILAR. (*Suspirando.*) ¡Ay, pues si yo pudiese lo tomaba aunque no fuese más que por una carrera!

BLAN. (*También suspirando.*) Hay quien piensa tomarlo hasta que se le acabe la gasolina.

HILAR. En fin, me voy; pero antes déjeme usted que le eche una última ojeada...

BLAN. Ojee lo que guste.

HILAR. (*Mirándola detenidamente.*) Muy mona... muy sugestiva, muy chic... muy buenos días.

BLAN. Adiós, Hilaria. (*Hilaria hace mutis por el foro derecha.*)

BLAN. (*Al quedarse sola, abre el bolso y figura que se mira al espejito de la tapa; después saca un tubito de esos de los labios y se da en ellos.*) Este tono cereza me va muy bien, porque como tengo los labios gordales... ¡Mi madre! ¡Ya se me ha pegado un ojo! Y es que me he debido dar demasiado *rimer;* en cuanto los cierro, me cuesta un trabajo abrirlos. (*Abriéndolo con los dedos.*) Sí que se había agarrado. Bueno, yo esta noche no me acuesto, porque como se me peguen los ojos, me los tienen que abrir con un saca-bocaos.

(Por la primera derecha sale Corcuera con una maleta.)

CORC. *(Desde la puerta.)* Abrevia, Feito, y no te lleves esa manta que no es de viaje, que es de la cama.

BLAN. *(Con coquetería.)* ¡El!

CORC. *(Avanzando.)* ¡Ella!

BLAN. *(Aparte.)* ¿Qué efecto le habré causado?

CORC. *(Aparte.)* ¡Mi madre, la Argentinita! *(Alto.)* ¿Blanca, eres tú?

BLAN. Yo, que te cumplo mi promesa. ¿Qué tal estoy?

CORC. Estás para comprarte una comba, no te digo más.

BLAN. ¿De veras, no hago mal papel?

CORC. ¿Qué vas a hacerlo? Di tú que en este pueblo no se publica ningún periódico, que si se publicase tú salías en la primera plana, sin texto, porque la ocupabas toda, pero salías. Ah, pero yo haré que salgas en Madrid, en el «A. B. C.» o en el «Buen Humor».

BLAN. ¡Qué dices, Corcuera!, verme yo en una publicación madrileña; para eso se necesita...

CORC. Se necesita «Buen Humor» y nada más.

BLAN. Pero ¿a qué hablas de Madrid?

CORC. Hablo de Madrid porque me voy ahora mismo.

BLAN. ¿Que te vas?

CORC. Me voy con el corazón hipertrofiado de cariño, con el cerebro lleno de ilusiones: tu cortijo allá entre los rubios trigales, la paz del campo... los días serenos y luminosos a tu lado, el trigo, la cebada, las patatas, el amortizable, pero no tengo más remedio que irme por culpa de ese loco.

BLAN. Pero qué te importa un loco...

CORC. Es que tú no sabes qué clase de locura es la de ese sujeto: se trata de un caso de meningitis calumniosa.

BLAN. ¿Y qué es eso?

CORC. ¿Pues que le da por decir que todos son unos canallas y unos miserables... Ahora mismo creo que está tu hermano hablando con él, bueno pues habrá que ver cómo me estará poniendo de sinvergüenza.

BLAN. ¡Lo que no me explico es por qué llegó con tanto perro!

CORC. Porque una de sus manías es creerse que es lacero... ¡En Madrid se ha buscado unos conflictos! Hubo un día que salió a la calle con cincuenta perros grandes. Un duro le costó de multa.

(*Por la primera izquierda sale Feito con una maleta tan llena que no ha podido cerrarla y asoma un pedazo de sábana y otro de colcha. Por la segunda Paquito y Fany también dispuestos para marchar.*)

FEITO ¿Cuando usted quiera?

CORC. (*Aparte.*) ¿Pero oye, es que te traes las ropas de cama?

FEITO (*Idem.*) Por higiene, ¡como no sabemos dónde iremos a dormir!

PAQUI. (*Saliendo con Fany.*) Cuando quieras...

BLAN. ¿Pero qué desbandada es ésta? ¿También vosotros...

PAQUI. (*Sin conocerla.*) Señora, nosotros...

CORC. ¡Pero qué señora si es tu tía!...

FANY (*Fijándose y admirada.*) ¡Pues es verdad!

PAQUI. (*A ella.*) ¿Pero quién le ha aconsejado a usted?...

CORC. Yo, Paquito, yo. Quise infantilizarla. (*Aparte a él.*) Ya te explicaré. Tenía un plan magnífico, pero ese Gimenof...

FEITO (*Asustado.*) ¡Don Anibal que viene!

CORC. ¡Cielos!

FANY Mala cara trae.

BLAN. ¡Mi hermano! ¡Qué dirá al verme!... (*Se oculta ruborizada.*)

PAQUI. ¿Qué hacemos, Corcuera?

CORC. ¡Qué sé yo!... Pero dejadme a mí.

(*Por la derecha entra Anibal con una cara de pocos amigos, que asusta.*)

ANIB. (*Al verlos.*) Hombre... ni a pedir de boca. Ustedes no saben lo que me alegro encontrarles reunidos. Señor Corcuera, estoy ofendidísimo con usted.

CORC. ¿Conmigo?

ANIB. Con usted, y lo estoy por haberme ocultado que, además de... Médico, era acaparador de hielo.

BLAN. (*Saliendo.*) Por Dios, Aníbal, que eso que le dices al Doctor, lo oye una foca, y se ofende.

ANIB. (*Asombrado al verla.*) Tú a jugar con las niñas de tu edad...

PAQUI. Pero puede saberse, querido tío, ¿por qué le rebaja usted la temperatura a mi maestro de ese modo?

ANIB. No, si no es a tu maestro sólo. Te la voy a rebajar a ti y a... tu señora, y a ese... cangrejo que me habéiś traído con honores de ayudante.

FEITO (*Con indignación cómica.*) ¿Yo cangrejo?

ANIB. Usted, cangrejo. Sepan ustedes que he estado en el hospital hablando con Gimenof.

CORC. (*Simulando una alegría loca.*) ¡Ya está, ya está! (*Aparte a los otros.*) Imitadme.

FANY
PAQUI.
FEITO } (*Imitándole.*) ¡Ya está, ya está!

CORC. ¿Y le ha dicho a usted que soy un sinvergüenza?

ANIB. ¡Pero como una manta! Y que, además, sabe usted tanto de medicina como yo de pescar arenques.

CORC. (*Ahogándose de risa.*) ¿Ha dicho arenques? ¡Qué salao! (*A Blanca.*) ¿Lo está usted viendo?

BLAN. ¡Para morirse de risa!

ANIB. Te he dicho que con las niñas de tu edad.

FEITO ¡Qué humorista!

ANIB. No se rían ustedes, porque me ha jurado también que esa señorita no sólo no es sobrina mía, sino que es domadora de perros. (*Blanca da una carcajada, y todos la siguen.*)

FANY ¡Yo domadora!...

PAQUI. ¿Y seguramente le habrá dicho que yo no soy estudiante, sino un juerguista, un calavera?...

ANIB. Eso me ha asegurado, y lo que me ha dicho del señor Feito no me atrevo a repetirlo.

CORC. Mi heroico don Aníbal, no siga, para qué va usted a molestarse en decirme lo que yo me sé de memoria? Piense que llevamos varios años tratando a ese sujeto, y conozco a fondo todas las manifestaciones de su perturbación.

ANIB. Es que lo que ha dicho...

PAQUI. No lo dice él.

CORC. Lo dicen sus meninges alteradas, y usted no sabe lo que son unas meninges cuando se alteran.

ANIB. Es que me ha hablado con una sensatez... que, o se me aclara esto, o la entrada del señor Gimenof es un apunte de verbena al lado de lo que yo hago con ustedes.

CORC. (*Levantándose decidido.*) Nada más justo, mi querido don Aníbal, y como en este caso la vacilación podría llevar a su ánimo la duda..., con el permiso de ustedes me voy...

PAQUI. / FANY (*Aterrados.*) ¿Que se va usted?

CORC. Me voy al hospital.

FEITO Y yo con mi profesor.

CORC. A hablar con Gimenof, a ver si puedo conseguir que vuelva la luz a su cerebro.

ANIB. No tiene usted que molestarse, porque Gimenof está ahí.

CORC. (*Aterrado.*) ¡¡Mi madre!!

ANIB. Lo he traído yo precisamente, porque a mí las palabras no me convencen; yo necesito hechos, y nada mejor que ponerles a ustedes frente a frente...

PAQUI. (*Aparte.*) Estamos perdidos.

FEITO (*Idem.*) No hay salvación.

CORC. ¡Dejadme a mí! (*Alto.*) ¿Y dice usted que está ahí?

ANIB. Ahí en el portal.

CORC. Pues bien, que pase, que pase, y háganme ustedes el favor de dejarme solo con él breves momentos, los suficientes para procurar que se le pase el ataque. Háganme el favor de retirarse, y que pase ese desdichado.

PAQUI. ¿Qué vas a hacer? (*Aparte.*)

CORC. Jugarme la última carta por ti; si la pierdo, que nos entierren juntos.

ANIB. (*Llegando a la derecha.*) Está bien; señor Gimenof, hágame el favor de pasar. Ahí esperamos.

BLAN. (*Al mutis dice a Feito.*) Yo tengo miedo de que le repita el acceso y le dé un golpe.

FEITO Es lo más seguro. (*Entran todos por primera izquierda; queda sólo Corcuera.*)

GIMEN. (*Entrando furioso.*) ¿Dónde, dónde está ese canalla que me llama loco? ¿Dónde está ese miserable que me mandó detener en Madrid?.... ¿Dónde se oculta?

CORC. (*Con voz tan débil de puro miedo que parece infantil.*) Ori...

GIMEN. (*Sorprendido.*) ¿Eh?... ¿Qué dice usté?

CORC. Iba a decir... que ori..., originaría usted un drama inútil si disparara, don Aquiles... ¡Cálmese, por Dios!

GIMEN. ¡Salga usted, que necesito su vida!

CORC. Y yo también la necesito, por eso no salgo si usted no se calma.

GIMEN. ¡Salga usted que le mate!

CORC. Don Aquiles, no dispare usted, que tengo treinta y cuatro mil duros.

GIMEN. ¿Eh?

CORC. En papel.

GIMEN. ¿Dónde?

CORC. En el bolsillo.

GIMEN. ¿Para quién?

CORC. Para usted, pero guárdese la pistola, para poder contar los billetes.

GIMEN. Y ese ofrecimiento, ¿no será una añagaza para detener mi furia?

CORC. Don Aquiles, estamos solos, no puedo huír... Oigame un momento, y si usted cree que mis palabras no son ciertas, me pega un tiro en cada sien. Tengo cuatro...

GIMEN. ¿Eh?

CORC. Cuatro cosas que decirle.

GIMEN. Hable.

CORC. En este pueblo tiene usted una fortuna fabulosa, don Aquiles.

GIMEN. ¿Yo?

CORC. Sí, señor, en bienes rústicos, urbanos, raíces y mostrencos; en papel amortizable, negociable e incobrable, y en cabezas de ganado vacuno, caballar y lanar, la mar... En líquidos, caldos y cereales, un océano.

GIMEN. Pero ¿de dónde me ha salido a mí todo eso?

CORC. Oigame y lo sabrá.

GIMEN. Venga.

CORC. Don Aquiles, su sobrina de usted y Paquito se aman.

GIMEN. Pero no lo consentiré.

CORC. No sea usted primo, mi querido don Aquiles. Interponerse entre dos que se aman, es tan ridículo como irse a cazar codornices con clarinete; Paquito ha presentado a Fany a sus tíos como a su propia mujer.

GIMEN. Ya me lo ha dicho don Aníbal, pero yo he deshecho el engaño.

CORC. Pues es preciso que rectifique usted, que diga que les ha acusado en un rapto de locura, y con todo eso, pasao mañana tiene usted la cartera de billetes de Banco que se la van a tener que llevar a su morada en una camioneta.

GIMEN. Pero ¿no entiendo por qué?

CORC. Más claro: don Aníbal tiene tres millones de pesetas; su único heredero es Paquito; si Paquito se casa, la fortuna es de Fany; si Fany es rica, usted succionará del bote, y si usted succiona..., ¿qué placer parnasiano y luculesco le negará a usted la vida?

GIMEN. ¿Pero todo eso es cierto?

CORC. ¡Tan evangélico como comprobatorio!... ¿Y si no accede usté, qué le espera?... Usté ha sido un gran artista, un tirador formidable, don Aquiles!

GIMEN. ¡Unico en el mundo!

CORC. ¡Creo que mataba usted las pulgas al vuelo....

GIMEN. Y de un tiro abría el Quijote por el capítulo que me pidieran.

CORC. Pero usted se hace viejo, don Aquiles. ¿Toda esa puntería, a qué ha quedado reducida? Usted lo vió ayer: vino, disparó catorce tiros y no consiguió más que matar un jilguero y romper una jícara!... Es la acción destructora del tiempo!

GIMEN. (*Con tristeza.*) ¡Es verdad!

CORC. ¿Qué le espera a usted ya en su vida de artista viejo y olvidado?... El carro de los titiriteros y largas caminatas por las carreteras polvorientas llenas de sol inclemente, y, al fin, un pueblo destartalado con un público soez, que se mofará de las torpezas de su vejez gloriosa.

GIMEN. ¡Es cierto, es cierto!...

CORC.	Y a usted, querido don Aquiles, el artista mimado de las mujeres en sus noches de triunfo y juventud...
GIMEN.	Oh, sí, sí...
CORC.	Al artista aclamado por los públicos más elegantes de Europa, no consiento yo que le pidan la pulga en Navalmoral de la Mata. ¡Ah, no, no, no!... ¡La pulga no!... ¡La pulga no...
GIMEN.	(*Abrazándole.*) ¡Gracias, amigo Corcuera, gracias!.. Y mire usted comprobada la miseria que me anuncia, sólo me quedaban ya para vivir cien miserables pesetas. (*Lloroso, le enseña un billete de a cien.*)
CORC.	¡Hombre, cien pesetas y la pistola!... Ya hablaremos de eso; ahora, por lo pronto, es preciso que usted acceda y nos salve... acceder es arrimarse al suculento bistef, a la rica taza de moka, al oloroso Romeo y Julieta, a la doncellita amable, a la blanda chaisse-longue, al gabán de pieles...
GIMEN.	¡Oh, sí, sí... mi querido Corcuera, sí!... ¡Oh, qué hombre tan simpático!... ¡me hace usté llorar de emoción! (*Llora.*)
CORC.	Pues llore, llore; llore cuanto guste, desahóguese! (*Llamando a todos.*) y vengan, vengan todos y miren al demente... aquí, a mis pies, lloroso, sumiso, implorante, vuelto a la razón, curado para siempre!
	(*Dichos y todos los de antes, entrando.*)
TODOS	¡¡Oh!!
BLAN.	¡Asombroso! ¿Lo estás viendo?
ANIB.	¡Cielos!... ¿Pero qué veo?... ¡Pero usted no me ha dicho a mí!...
GIMEN.	¡Todo mentira, don Aníbal... ¡delirios de mi cerebro enfermo!...
BLAN.	¿No tenía usted motivos para perseguir a este hombre?
GIMEN.	Motivos para adorarle y abrazarle nada más.
CORC.	¿Lo ven ustedes?... ¡Pida perdón a Fany!

GIMEN. ¡Perdona, hija, perdona! (*Se arrodilla.*)

CORC. Abrace a Paquito.

GIMEN. ¡Paquito de mi vida!... (*Le abraza.*)

CORC. ¡Estreche a Feito!...

GIMEN. ¡Feito de mi alma!... (*Le da la mano.*) ¡Honorable Feito!

FEITO ¡Señor Gimenof!... (Pero ¿qué ha hecho usted?)

CORC. (¡Yo hago bailar sevillanas a una foca, hombre!) (*Alto.*) Y ahora deme usted esas cien pesetas que le quedan y la pistola.

GIMEN. ¡Oiga usted, eso!...

CORC. Vengan he dicho. (*Se lo ordena imperiosamente.*)

GIMEN. Bueno. (*Se los da.*)

CORC. ¡Quiero guardar estos dos recuerdos de una de mis más gloriosas victorias científicas y curativas! (*Se lo guarda.*)

BLAN. (*En un rapto de loco entusiasmo.*) ¡Oh, bienhechor de la Humanidad, a mis brazos! (*Le abraza.*)

CORC. ¡Blanquita, no aprietes, que hay público!

BLAN. ¡Oh, sabio, generoso e inmortal, soy tuya para siempre, sí, tuya, tuya, tuya, tuya!... ¡Que lo oigañ todos!... Tuya, tuya, tuya...

ANIB. Pero ¿qué estás diciendo?... ¡Ahora se ha vuelto loca ésta!...

BLAN. ¡Sí, Aníbal, sí: loca, loca, loquita!... ¡Loca de amor!, porque hora es ya de que lo sepas... ¡Amable y yo nos amamos!

ANIB. ¿Eh?

CORC. ¡Sí, sí..., nos amamos; sí, nos amamos, nos amamos!...

ANIB. Pero ¿cómo ha sido eso?

CORC. (*Con rubor.*) ¡Simpatías que tiene uno!

BLAN. ¡Dile cómo me amas, Amable!

CORC. ¡Pues tanto, que por no robar ni un sólo minuto de lo que me resta de vida a esta pasión vesubiana que me atosiga, me voy a

retirar de la medicina para siempre!... ¡Nada más que eso!

BLAN. ¡Gracias, gracias, Amabilito, gracias!

ANIB. ¡Oh, pero eso no puede ser!... ¿Y mi enfermedad? ¿Y mi operación?

CORC. ¿Su operación? Yo me voy con usted al cortijo y, ¿hay jamones?

ANIB. Muchísimos.

CORC. Pues esté usted tranquilo, que le voy a someter a un régimen lácteo a base de jamón que, en cuatro días, como nuevo, y caso de no resultar, nos iremos a Berlín a la clínica del doctor Descalzember y...

ANIB. Pero ¿es buen cirujano?

CORC. ¿Descalzember? Se está poniendo las botas de operaciones que tiene, no le digo a usted más. Sí, porque yo he decidido no coger más un bisturí.

ANIB. ¡Eso es una locura; piense usted que su talento no tiene sucesión en la ciencia médica-española!

CORC. Sí, si la tiene; por eso me retiro tranquilo. Paquito será doctor este año, y Paquito sabe de medicina tanto como yo.

PAQUI. ¡No, por Dios, maestro, tanto no!

CORC. Sí, no seas modesto... ¡Más que yo! Tú te vas con Fany, os lleváis a don Aquiles y, todos los meses, os mandaremos cinco mil pesetas, ¿verdad?

BLAN. ¡Lo que tú quieras, amor!

CORC. Así os iréis afianzando en la vida..., y el mes que viene le has quitao la parroquia a Marañón. ¡Adiós, Paquito!

PAQUI. ¡Maestro!

CORC. Yo me quedo aquí, en la paz del cortijo. Abandono la lucha. Dale recuerdos a Ramón y Cajal; un abrazo a Goyanes, a Tapia, a Ortíz de la Torre, a Yagüe, Noguera, Jiménez Encinas, Decref, Vital Aza, y a todos mis sabios y queridos compañeros. Di-

les que no me olviden, y que ya les enviaré capones para Nochebuena.

PAQUI. Adios, querido y glorioso maestro...

CORC. ¡Adios, Fany!... Que te salga bueno tu marido, y si te sale perro... enséñalo a calcular y no lo habrás perdido todo.

FANY Don Amable...

PAQUI. ¿Pero será usted dichoso con mi tía?

CORC. No sé. Ya veremos. A mí siempre me han entrenido las cacatúas... Feito, a mis brazos. ¡Adiós para siempre!

FEITO (*Llorando de ternura.*) No, don Amable, no; yo no me separo ya de usted. Yo me retiro también de la medicina.

CORC. No seas loco. ¡Tú, con un porvenir tan brillante!...

FEITO Sí, señor; y me voy con usté al cortijo.

BLAN. ¿Pero qué hará usted allí?

FEITO Limpiarles la ropa si hace falta, quitarles a ustedes...

CORC. Feito...

FEITO Quitarles las manchas... ¡cualquier cosa!... yo no me separo de don Amable.

CORC. Pues entonces, que saquen el Ford, que enganchen las mulas... y a la felicidad!

JIMEN. Bueno, usté hará el favor...

CORC. ¿De qué?

JIMEN. ¡Que se le olvida la pistola y las cien pesetas!...

CORC. Los enfermos como usted no pueden llevar dinero ni armas de fuego... ¡Es mi última prescripción facultativa!

TELON

FIN DEL JUGUETE

Precio: 4 pesetas.